LOS HOMBRES de la historia

30

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Marco Polo

Centro Editor de
América Latina

Ugo Tucci



LOS HOMBRES de la historia 30

Después de un largo período en que la sociedad europea ofrece una imagen de declinación hacia formas de economía primitiva, a mediados del siglo XIII se produce un auge económico que dilata los mercados más allá de los angostos límites locales, los relaciona y dirige el renovado fluir del dinero y el mayor volumen de la producción hacia nuevos objetivos. El espacio económico que constituye el campo de acción de los mercaderes se amplía considerablemente y llega a englobar las lejanas regiones del Extremo Oriente con el resultado de que estos hombres se vuelcan por el mundo y contribuyen, con su intercambio, a renovados contactos culturales entre sociedades muy diversas.

Uno de estos comerciantes sería el famoso veneciano Marco Polo, cuyos viajes y aventuras han quedado registrados en un libro donde apuntó, no sólo aquellos datos relacionados con la práctica de los negocios, sino informes sobre los usos y costumbres, además de detalles históricos y geográficos de importancia de los lugares que visitó. Hombre de la Edad Media, fiel a su tiempo en la mentalidad y en las actitudes, Marco Polo no supo esquivar en su relato los engaños de lo fabuloso, pero su manera de observar los países y los hombres es positiva y modernamente científica; donde estaba dispuesto a encontrar monstruos, halló poblaciones labóriosas y evolucionadas, aunque con hábitos y costumbres propios. Las observó con asombro y aunque no renunció a su ángulo visual de europeo, tampoco decretó la indignidad de sus instituciones porque se diferenciaban de las de su mundo, sino que las comprendió con un sentimiento de simpatía. En este sentido, la figura de Marco Polo adquiere significado y consistencia de símbolo: símbolo de quien no se contenta con los propios horizontes, sino que se lanza a conocer otros nuevos, de quien no se satisface con lo que está escrito sino que está atento a lo que ve con sus ojos y ávido de ampliar el campo de observación. Son estas características las que lo convierten en un "protagonista", en el protagonista de un mundo en transición en que los valores tradicionales del mundo medieval, con respecto al conocimiento comienzan a transformarse, en que se observan los primeros atisbos de una ciencia humana, no simplemente teológica, en que el sentido del tiempo y del espacio empiezan a adquirir una dimensión acorde con el proceso de secularización que experimenta la sociedad medieval europea.

Nació en el año 1254; murió en 1324.

Primeros títulos

1 - **Freud,** E. Fachinelli
2 - **Churchill,** E. Ragionieri
3 - **Leonardo de Vinci,** J. Guillerme y M. Mandroux
4 - **Napoleón,** W. Markov
5 - **Einstein,** L. Castellani y L. Gigante
6 - **Lenin,** Ch. Hill
7 - **Carlomagno,** J. Bachelot
8 - **Lincoln,** M. Calamandrei
9 - **Gandhi,** G. Brosa
10 - **Van Gogh,** M. de Micheli
11 - **Hitler,** J. C. Favez
12 - **Homero,** F. Codino
13 - **Darwin,** P. Omodeo
14 - **García Lorca,** R. Alberti
15 - **Courbet,** M. de Micheli
16 - **Mahoma,** A. Bausani
17 - **Beethoven,** W. Rainer
18 - **Stalin,** I. Deutscher
19 - **Buda,** M. Bussagli
20 - **Dostoievski,** N. Gourfinkel
21 - **León XIII,** C. Falconi
22 - **Nietzsche,** M. Montinari
23 - **Picasso,** M. de Micheli
24 - **Ford,** R. Romano
25 - **Francisco de Asís,** J. Le Goff
26 - **Ramsés II,** S. Bostico
27 - **Wagner,** E. Kuby
28 - **Roosevelt,** A. Schlesinger (h.)
29 - **Goya,** J.M. Moreno Galván
30 - **Marco Polo,** U. Tucci

**Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Franco Occhetto, Andreina Rossi Monti**

30. Marco Polo - Cristianismo y Medioevo
**Este es el cuarto fascículo del tomo Cristianismo y Medioevo.
La lámina de la tapa pertenece a la sección Cristianismo y Medioevo, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.**

Ilustraciones del fascículo Nº 30:
**Biblioteca Nacional, Paris: p. 86 (1,2); p. 88 (1); p. 89 (2); p. 90 (1,2,3); p. 94 (1,2,3); p. 96 (1,2); p. 98-99; p. 101 (1,2,3); p. 102 (1); p. 103 (2); p. 105 (1,2,3); p. 106 (1); p. 109 (1-8); p. 110 (1).
Societa Scala, Florencia: p. 110 (2).
Traducción de Cristina Iglesia**

**Centro Editor de América Latina S. A.
Av. de Mayo 1365 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley.
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina**

Este fascículo, para el cual se utilizó papel Celcote Ilustración de Celulosa Argentina S. A., se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A., Luca 2223, Buenos Aires, en Diciembre de 1968.

Marco Polo

Ugo Tucci

Siglo xii a. C.
Mítico desembarco sobre las costas septentrionales del mar Adriático de Lucio Polo, padre de Marco con los compañeros del rey Veneto y de Antenor de Troya.

1033
Sebenico, de la familia Polo, llega a Venecia. Esta tradición no está confirmada en ningún documento. Sin embargo, desde tiempos muy antiguos, numerosos miembros de la familia Polo vivieron en el Dogado: los encontramos ya en Chioggia en 1028 y más tarde en Torcello y en Equilio y en las islas de río arriba.

Siglo xiii
Habita en San Felice, Venecia, Andrea Polo, padre de Marco el Viejo, de Nicoló (llamado "Nicoló Milion el grande"), de Mateo.

1204-1261
Imperio latino de Oriente.

1206-1227
Gengis Kan es nombrado emperador de los mongoles.

1237-1242
Campaña de los ejércitos mongoles de Batu y Subotai en Europa.

1245-1247
Viaja hacia el país de los tártaros, Giovanni da Pian del Carpine, enviado del papa Inocencio IV al gran kan Guiuk.

1253-1256
Viaje de Guillermo de Rubrouck, enviado de Luis IX de Francia, al gran kan Mangu.

1254
Nacimiento de Marco Polo.

1260
5 de mayo. Kubilai es gran kan de los tártaros.
Nicoló y Matteo Polo, hijos de Andrea, comerciantes venecianos en Constantinopla, se embarcan rumbo a Soldaia, en Crimea, y llegan por lo tanto a Bolgar y Sarai, en el kanato de la Horda de Oro.

1261-1262
Dejando Sarai, Nicoló y Matteo Polo llegan a Bokara, donde se detienen tres años. Luego se ponen en camino hacia el este, junto con un mensaje de Hulagu, príncipe mongol de Persia, que los acompaña a la corte del gran kan Kubilai.

1266
Los hermanos Polo dejan la China e inician el viaje de regreso, que dura tres años.

1269
Abril. Llegan a Acre, donde se enteran que el papa Clemente IV ha muerto. Se trasladan entonces a Venecia, pasando por Negroponte, a la espera de que sea elegido su sucesor.

1270
Nicoló, Matteo y Marco Polo parten de Venecia, rumbo a la corte del gran kan.

1271
1º de setiembre. Teobaldo Visconti, embajador apostólico en Siria, es elegido papa y toma el nombre de Gregorio X. Antes de partir para Roma, recibe en Acre a los tres viajeros venecianos.

1275
Los Polo llegan a Cemenfu, residencia estival de la corte imperial, después de tres años y medio de viajes. Marco Polo es presentado al gran kan.

1284
Venecia, acuñación del ducado de oro.

1292
Nicoló, Matteo y Marco Polo se embarcan en Zaitún para volver a la patria, navegando hasta Persia.

1294
18 de febrero. Muerte de Kubilai Kan.

1295
Llegada de los Polo a Venecia.

1297
Clausura del Concilio Mayor.

1296 ó 1298
Marco Polo es hecho prisionero en un encuentro naval con los genoveses y es llevado a Génova. En la cárcel, conoce a Rustichello de Pisa y se vale de su colaboración para componer en francés, el *Milione.*

1299
Liberado de la cárcel, Marco Polo regresa a Venecia, donde se casa con Donata Badoer.

Alrededor de 1300
Muere en Venecia Nicoló Polo.

1310
6 de febrero. Testamento de Matteo Polo.

1312
17 de marzo. Marco Polo recibe la dote de su mujer Donata.

1324
8 de enero. Muerte de Marco Polo. Es sepultado en la iglesia de San Lorenzo, en Venecia.

1477
Nuremberg. Primera edición del *Milione.*

1

1. *Los mongoles durante el asedio de Shang-tu, en la China septentrional, que se convertirá en la residencia de verano de la corte. De la* Historia de los mongoles *de Rashid ad-din, París, Bibliotheque Nationale, Suppl. persan 1113.*

2. *Gengis Kan en el trono. París, Bibliotheque Nationale, Suppl. persan 1443.*



2

El retorno al oro

En la historia monetaria de Europa Occidental, los siglos que siguieron a la caída del Imperio Romano de Occidente ofrecen la imagen de una sociedad en declinación hacia formas de economía primitiva. Decae la vida urbana, se agotan los grandes canales de comercio y la circulación del oro —herencia del mundo antiguo—, se vuelve cada vez más escasa hasta casi desaparecer del todo con Carlomagno: la moneda del imperio renovado es de plata, metal del mundo bárbaro. El oro retorna sólo a mitad del siglo XIII, acuñado primero en Brindisi y en Messina (1231) por orden de Federico II y más tarde —entre 1252 y 1284— en Génova, Florencia, Luca, Milán y Venecia y en las cecas inglesas y francesas.

El retorno del oro, es decir, las monedas de alto valor unitario, hechas para corrientes de intercambio de radio dilatado es uno de los aspectos más relevantes de esa especie de revolución comercial que entre los siglos XI y XIII renovó la cristiandad y dio vida a esa nueva fase del medioevo que se desarrolló bajo el signo de una poderosa expansión económica y demográfica.

La circulación monetaria, secundada por las libertades comunales, extienden su área social y la moneda alcanza a capas sociales que han conquistado niveles de vida superior y que la utilizan, no sólo para sus necesidades cotidianas sino también en operaciones especulativas. El desarrollo de los negocios favorece el uso del crédito, que se vale de elementos cada vez más avanzados pero que, sobre todo, puede favorecer un cambio profundo en la vida intelectual y práctica. Sin que pueda hablarse de una real laicización de las estructuras mentales, que permanecen totalmente embebidas de fervor piadoso, es evidente que comienza a afirmarse un nuevo modo de sentir la vida terrena que ahora ya no está más sometida inflexiblemente a la vida divina: el tiempo y el espacio se convierten en realidades, en valores concretos y el hombre aprende a medirlos, a utilizarlos, a hacer de ellos el tejido de su actividad lucrativa.

El auge económico dilata los mercados más allá de los angostos límites locales, los relaciona y dirige el renovado fluir del dinero y el mayor volumen de la producción hacia nuevos objetivos. El Mediterráneo recobra su unidad por la acción de las cruzadas y aunque todavía es la pasión religiosa lo que coloca su impronta en esta aventura, cuando el entusiasmo y el empuje épico de los caballeros decaen, ceden su puesto a pacíficos intercambios comerciales.

Genovines, *florines* de Florencia, *ducados* de Venecia, en bolsas o en sacos, cosidos a los trajes de los mercaderes y de los peregrinos, recorren los grandes itinerarios terrestres en carros o a lomo de animales y, más a menudo, se aventuran por las rutas marítimas, abiertas también a la navegación invernal por la adopción de la brújula. El temor a las prohibiciones eclesiásticas no impide a los comerciantes establecer relaciones comerciales con los infieles y las puertas de occidente se abrieron a sus tráficos, que se extendieron hasta el horizonte más lejano del mundo conocido. Compran especies, perfumes, telas costosas, alumbre, tinturas, seda cruda, algodón, pieles, piedras preciosas, perlas y dan en cambio esclavos, madera, hierra, cobre, paños, saldando el pasivo de la balanza con pagos en oro y plata, que siempre fueron codiciados por los orientales del Levante.

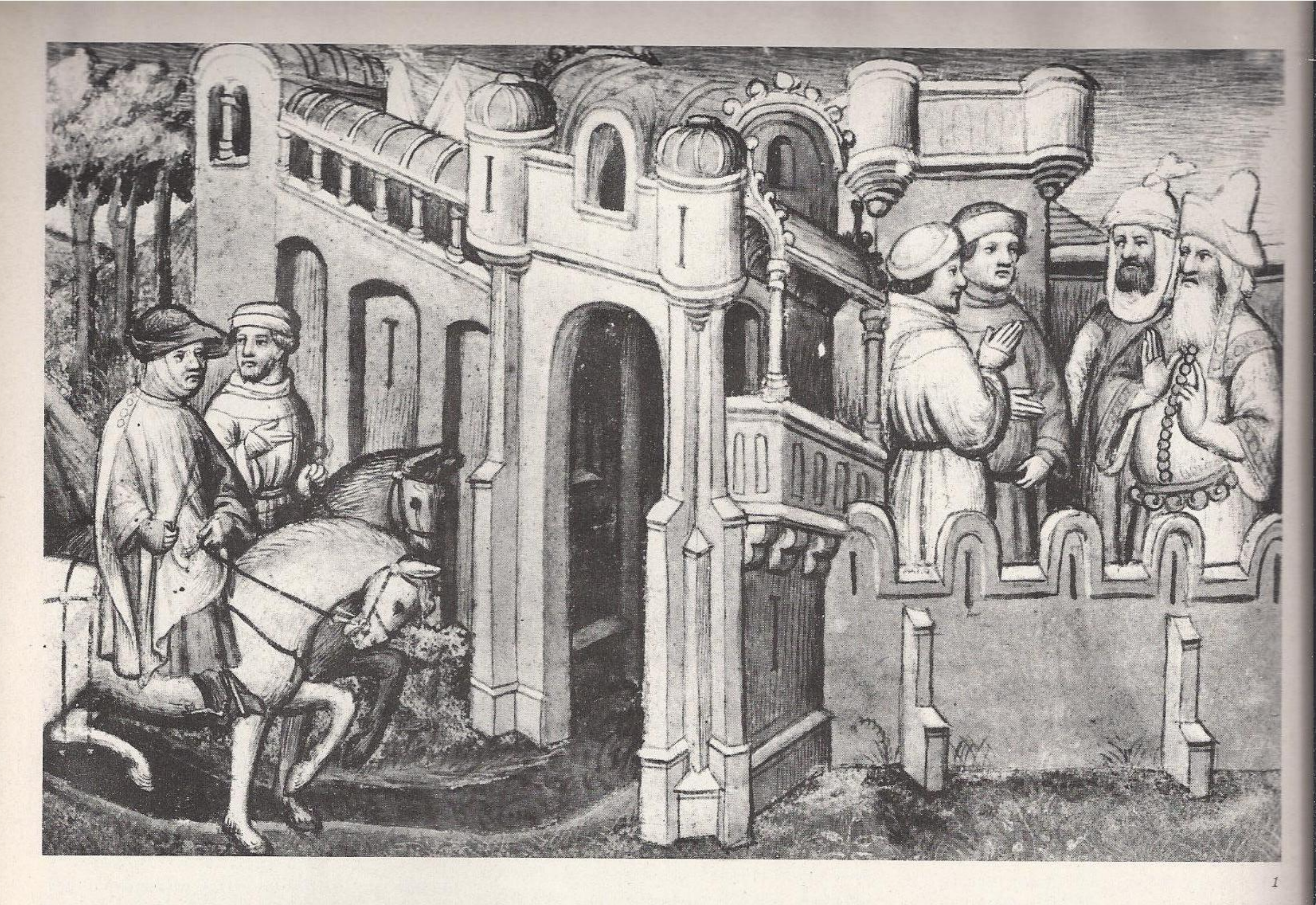
Las bellas monedas de oro de occidente invaden las plazas de Chipre, de Siria, de Egipto y se extienden hasta Crimea, Ucrania, y más allá aún (las monedas romanas imperiales habían viajado hasta Ceylán); en 1259, ingentes cantidades de *genovines* tomaron el camino de la Armenia Silicia.

Los genoveses se proveen de oro para sus casas de monedas en los puertos africanos del Mediterráneo y del Atlántico, hacia donde las caravanas transportan las riquezas de los ríos de Sudán; los venecianos, por su parte, prefieren dirigirse a las minas de Hungría: su ciudad, que durante siglos se había alimentado del imperio bizantino,, terminará asumiendo en el Mediterráneo oriental la posición de predominio que ya había ocupado Constantinopla y se transformará luego en la gran intermediaria entre Oriente y Occidente. El cuadro geográfico de la revolución comercial se completa con las conexiones con Alemania del sur, con Flandes, con Inglaterra, a través de los pasos de los Alpes y siguiendo las cuencas del Rin, del Ródano y del Saona. Más tarde, las flotas de galeras del Mediterráneo aprendieron a rodear la masa montuosa y prolongaron la ruta hasta los puertos septentrionales, forzando la barrera de Gibraltar, una barrera más mental que física. La primera línea de navegación regular con los Países Bajos y con los fondeaderos ingleses, la instituyó Génova en 1277 y quizás antes. Venecia la sigue después de un lustro. Cuando a principios del siglo XIV, los documentos de la aduana del puerto de Londres registran un fardo de *serico rocato Catewy,* vale decir, seda cruda de Catai, China septentrional, puede considerarse casi perfecto el mecanismo del intercambio entre los dos extremos del mundo medieval.

Este espacio económico constituye el campo de acción de los mercaderes pisanos, genoveses, venecianos y de otros centros, quienes penetran por todas partes, animando las ferias de Champagne, atiborrando los mercados y almacenes de todos los países y los alojamientos que se reservan para ellos en la costa griega o siria o en Egipto, en Túnez o en Argelia o en Francia meridional. Es la época del comercio viajero que tiene su máximo florecimiento en la segunda mitad del siglo XIII. Los mercaderes están siempre en movimiento: adquieren productos en la patria y los exportan a tierras lejanas donde las revenden para emplear las ganancias en otros artículos que, a su vez, cambiarán luego por dinero o mercancías, y así sucesivamente, buscando el máximo provecho. "Es mejor renovar y ganar muchas veces que una sola vez" es la máxima de uno de ellos. No se especializan en un sector particular sino que aprovechan toda ocasión y no desdeñan ningún negocio que sea conveniente y su vagabundeo los acerca y los nivela. Los hombres se encuentran, se descubren recíprocamente y en sus contactos se despierta su curiosidad. A donde vayan, llevan monedas y mercancías, pero también usos, costumbres, modas y concepciones de vida, ideas, prácticas religiosas y, cuando regresan, traen consigo algo de los países visitados. Las ciudades comerciales se impregnan de cosmopolitismo y, al cambiar su aspecto con el florecer edilicio que acompaña a la fase de prosperidad, se abren a las influencias foráneas también en el aspecto exterior. Los arcos quebrados ojivales, los calados, los revestimientos marmóreos característicos de Venecia, repiten formas bizantinas y modelos egipcios, sirios, persas, así como en la catedral de Pisa, los haces blancos y negros alternados evocan el arte musulmán y oriental y como las arcadas ciegas derivan de la arquitectura armenia.

Estos viajes de negocios son financiados en gran parte por socios que no se mueven de su casa, pero que están dispuestos a compartir los riesgos y las utilidades y así la diáspora de los aventureros de la riqueza encuentra un estímulo muy eficaz en la "commenda",* en la que se encuentran armoniosamente capital y trabajo con perspectivas muy altas de ganancia para ambos. Y para asegurar la concentración de capitales necesaria para el comercio de amplio radio en muchas familias, el patrimonio permanecía indiviso, y los hermanos coherederos lo hacían fructificar, haciéndolo operar en los distintos tableros de la estrategia de los negocios, con largas permanencias en tierra extranjera. Los mercaderes venecianos se encontraban por todas partes pero sin pasar por alto los emporios occidentales, sus preferencias se dirigían al comercio con Oriente. En Constantinopla —centro máximo de su actividad— ocupan un barrio extenso en las cercanías del Cuerno de Oro. Si ya eran numerosos en la época de la captura ordenada en marzo de 1171 por el emperador Manuel (los cronistas, quizás no sin exagerar, hablan de más de diez mil personas) se habían multiplicado después de la cuarta cruzada, cuando se inicia el período de oro de la expansión colonial de la Serenísima en Levante y el dux veneciano ha asumido el artificioso título de señor

* Sociedad donde el comanditario anticipa al comanditado, a cambio de una participación en las utilidades eventuales, un capital que éste hará fructificar en un país extranjero. Transacción comercial típica del siglo XIII.



1

1. Después de atravesar el desierto, Nicoló y Matteo Polo llegan a Bokara. La imagen, como las otras que siguen, ha sido extraída del famoso manuscrito del Livres des merveilles, *ricamente ilustrado (1410), que se encuentra en la Bibliotheque Nationale de París (Ms. français 2810).*

de la cuarta parte y media del imperio de Roma. También en Constantinopla, ejercían el comercio con provecho los hermanos Nicoló y Matteo Polo, de antigua familia veneciana, que la tradición da como originaria de Dalmacia. "Sabios y prudentes", en 1260 —previendo una coyuntura política desfavorable y con la perspectiva de mayores ganancias— resolvieron abandonar la ciudad, llevando consigo una gran cantidad de joyas para negociar y embarcarse en Crimea, donde los venecianos parecían sólidamente instalados. Aquí debieron encontrarse con otro hermano —Marco— también comerciante, probablemente primogénito y jefe de la hacienda familiar, llamado "el Viejo", para distinguirlo del sobrino que llevaba su mismo nombre, todavía jovencito, y que estaba destinado a convertirse en el personaje más importante de la familia.

Los dos Polo se detuvieron durante algún tiempo en Soldaia y luego prolongaron el viaje —siempre con el propósito de dar un mayor desarrollo a sus negocios— a lo largo de un itinerario poco frecuentado, pero no desconocido, adentrándose en la región surcada por el bajo Volga, el Kipcak, en la que reinaban los príncipes de la Horda de Oro, hasta la ciudad comercial de Bolgar, sede de la ceca mongol y residencia de la corte, y la otra capital, Sarai, que había surgido hacía poco tiempo, no muy lejos de la actual Astrakan que conservaba todavía el aspecto de un campamento.

La paz de los tártaros

En la época del viaje de los dos hermanos Polo, los pueblos turcos y mongoles que habitaban las estepas que rodean el Asia Central en toda su longitud, desde los bordes septentrionales de la foresta siberiana hasta los altiplanos del Tibet y de la Anatolia, se habían unificado en un imperio —tal vez el más grande que haya existido jamás— que se extendía desde el mar Amarillo hasta el Volga. Terminadas las guerras internas entre las distintas tribus, arregladas las enemistades y saneada la secular plaga del pillaje, aquel inmenso territorio se había vuelto tranquilo y las caravanas se desplazaban seguras, hasta el punto que —como escribirá complacido un historiador del Turquestán del siglo XVII— cualquiera hubiera podido andar desde el levante hasta el poniente con un plato de oro en la cabeza, sin sufrir la más mínima violencia: era la *pax Mongolorum*, la paz de Gengis Kan, impuesta brutalmente con el sacrificio de millones de hombres de todo el continente.

Imbuido de la misión del reino universal que le había asignado el cielo cuando le había hablado a orillas del Onon, Gengis Kan se había hecho proclamar *Gran Kan*, es decir, "jefe supremo de todos los que



2

2. El gran kan Kubilai entrega a los hermanos Polo la table de oro del mensaje.

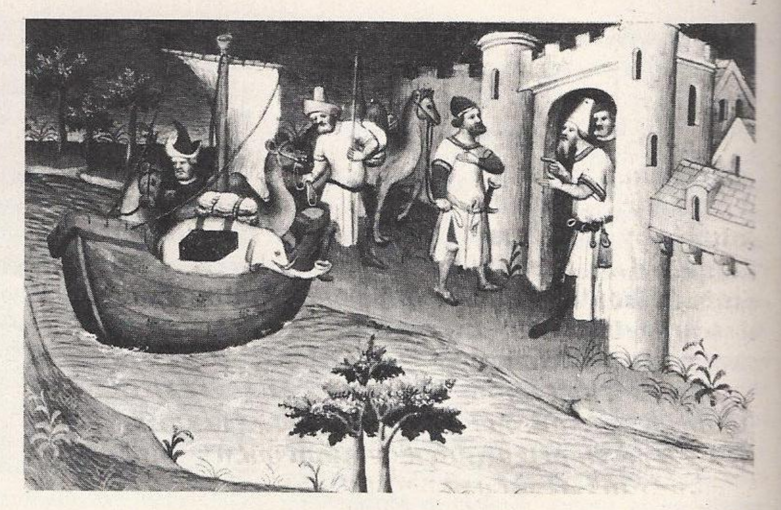
habitan las tiendas de fieltro", la habitación característica de los mongoles, y se había lanzado, por lo tanto, a la conquista de los países que limitaban su imperio nómade. Su primer objetivo fue la China del norte; el choque fue dramático en la medida en que ponía en contacto dos modos de vivir totalmente diferentes: por un lado, la civilización de la economía urbana y campesina, una civilización sedentaria, inconcebible sin el suelo sobre el cual prosperaba, incesantemente transformada y modelada con plantaciones, palacios, calles, obras de canalización, diques, fecundada por inumerables y complejos problemas políticos, económicos, administrativos; por el otro, la vida nómade de la estepa, hecha de espacios sin límites, de pistas apenas demarcadas, de trashumancias perennes, de ciudades ambulantes, de caza, de pesca. Aquí el suelo no estaba fragmentado en parcelas, encerrado en recintos, inscripto en catastros, sino que adquiría importancia si estaba verde de pastos y tenía enormes extensiones; las cuestiones complejas que pueden nacer de la convivencia en una morada estable escapaban completamente a la sensibilidad del invasor mongol. Éste, después de adueñarse de Pekín en 1215, se enfrentó bruscamente con el problema de qué hacer con una gran ciudad una vez que había caído en sus manos: lo resolvió masacrando a sus habitantes y devastándola sistemáticamente con saqueos e incendios que duraron un mes. La China conquistada fue por mucho tiempo un gran campo de correrías y de violencias y con mucha seguridad se hubiese atendido la propuesta de un general mongol de exterminar sus diez millones de habitantes y de reducir todo a pasturas para el fortalecimiento de su caballería, si un consejero no le hubiese enseñado al emperador cómo obtener utilidad de la conquista mediante un sistema menos cruel y sin duda más provechoso, aplicando impuestos y diezmos sobre los productos. Bokara en 1220 y más tarde Samarcanda y Organdi sufrieron la misma suerte que Pekín, pero se salvaron del estrago todos los elementos que pudieron proporcionar alguna utilidad —como por ejemplo los artesanos— los cuales fueron deportados al corazón de Mongolia. En Nisciapur, por el contrario, se hizo una carnicería "hasta de los perros y de los gatos": aquí, los mongoles llegaron a levantar grandes pilas de cabezas cercenadas, separando escrupulosamente hombres, mujeres y niños.

Gengis Kan había tratado de lograr la inmortalidad a cualquier precio, pero cuando llegó su hora, no le quedó otro consuelo que el de hacerse acompañar en el viaje al otro mundo por cuarenta purísimas niñas y un tropel de caballos. Su desaparición —escribirá Marco Polo cuando contemple admirado los vestigios de su obra— fue una

1



2



3

1. Nicoló y Matteo parten de Venecia Con ellos está el joven Marco, al que llevarán hasta el gran Kan.

2. El Papa Gregorio X recibe a Nicoló y Matteo Polo.

3. Llegada de una nave india al puerto de Ormuz.

gran lástima porque era valiente y sabio. "Trajo paz", testimonió otro contemporáneo, Joinville, con un juicio que, ciertamente, no tenía en cuenta el precio pagado por la instauración del orden.

La feroz arremetida de los conquistadores no se detuvo siquiera después de la muerte de su jefe. Sus sucesores llevaron las banderas mongoles con las astas coronadas por una cola de caballo hasta China meridional y Corea; a partir de 1237, la invasión se extendió también por los mismos caminos que habían transitado los hunos y los ávaros, a los bordes orientales de Europa. Sus víctimas fueron Rusia, Ucrania, Polonia, Hungría, Moravia: una después de otra cayeron Cracovia, Varadino, Pest y las vanguardias llegaron hasta los alrededores de Viena y, a lo largo de la costa dálmata, hasta Spalato y Cataro. En 1241, en Liegnotz, en la Baja Silesia, fue aniquilado un ejército de treinta mil polacos, caballeros teutones y cruzados alemanes.

El cuadro de las destrucciones, de los incendios, de las masacres, fue de una crueldad desenfrenada, que hizo estremecer de horror a todo el mundo occidental. En el *Rogerii carmen miserabile,* dedicado a las devastaciones de Hungría, la narración de estos trágicos episodios, que se repiten siempre sobre el mismo tema, llega a ser monótona. ¿Dónde se detendría la ofensiva? ¿Y cómo refrenarla? Intérpretes del pánico que se difundía, los cronistas de la época no dejaron de subrayar los pasajes de cometas, eclipses y otros funestos signos premonitorios: el hombre medieval, tan sometido a una rígida ley moral, fácil de violar, estaba siempre dispuesto atribuir las incursiones bárbaras, así como las pestes y la carestía, a la justa pena de las culpas que lo obsesionaba. Y en la *blitzkrieg* no se le daba importancia a la superioridad táctica y de organización militar, sino simplemente a la potencia del número, y así, en la imaginación de los pueblos occidentales, las filas de los vencedores engrosaban hasta llegar a centenares de millares de unidades. En efecto, la fuerza de aquellos ejércitos reposaba sobre todo en su movilidad y en su extraordinaria destreza en el tiro con arco. Los escuadrones de arqueros a caballo, que iban al asalto silenciosamente, prontos a dispersarse para lanzarse nuevamente con ímpetu sobre el enemigo confundido por todas esas evoluciones, en las que el soldado medieval no estaba avezado, parecían realmente invencibles; para dar cuenta de ellos será necesario esperar la llegada de la artillería. Su táctica, que se ha querido parangonar a la de los genios militares de la edad moderna, era simplemente la táctica del nómade, habituado casi desde su nacimiento a cazar y a arrasar, fácilmente transformable de pastor en soldado. "Las mejores campañas de guerra de los mongoles —escribe Grousset— llevadas a cabo en Transilvania y en Hungría, tienen el aspecto de gigantescas batidas para agotar la caza, volverla loca de miedo, cercarla, y finalmente destruirla con una matanza metódica."

Ciertos elementos somáticos típicos y ciertos caracteres morfológicos de los mongoles —piernas cortas, aplanamiento facial, corte oblicuo del ojo, cabellos ralos— se prestaban a otras imaginaciones o fantasías sobre ellos, porque los rasgos apuntados los diferenciaban del hombre europeo, es decir, del hombre en su plena expresión de criatura hecha a imagen y semejanza de Dios.

Esta abominable plebe de Satanás, llegada —como se lee en una carta de Federico II al rey de Inglaterra— de los confines extremos del mundo, donde habían habitado durante mucho tiempo bajo el sol tórrido, al volcarse luego con violencia a las tierras boreales, donde se habían multiplicado como gusanos, merecía realmente el nombre de *tártaros,* que se le atribuía en las lenguas europeas, derivándolo del de *tátari* con el que se designaban sus tribus principales, en una clara relación con el abismo infernal. Igual que las bestias, se cebaban de carne cruda de toda especie, buscando golosamente la de los perros, pero sin despreciar la carne humana y la carroña; como bebida utilizaban leche mezclada con sangre; no obedecían a leyes ni a principios morales, sino que vivían inmersos en la más profunda barbarie: éste era el retrato que se trazaba de ellos sobre algunos motivos que parecían convencionales en la literatura dedicada a los países colocados al margen de los horizontes geográficos conocidos.

Hasta el concilio ecuménico de Lyon encontró la manera de enterarse, entre las preocupaciones del conflicto con el emperador, del problema de los tártaros. Ya cierto tiempo antes, Inocencio IV, preocupado por la salud de la cristiandad, después de haber recomendado a Bertoldo, patriarca de Aquilea, que organizara milicias para defender la familia real húngara que vivía bajo la amenaza de un nuevo ataque, había tomado la decisión de ponerse en contacto directo con los bárbaros para advertirles que pusieran fin a sus correrías y se convirtieran a la verdadera religión. Las dos grandes órdenes de mendicantes de occidente, los franciscanos y los dominicos, disputaron el honor de llevar la carta pontificia a destino, y ambas se esforzaron por aparecer dignas, confiando menos en los medios disponibles que en la divina providencia, de la que realmente se tenía mucha necesidad para recorrer aquellos caminos totalmente desconocidos. En efecto, en la víspera de aquellos viajes, los conocimientos geográficos sobre el Asia no iban más allá de una franja no muy lejana a las costas del Mediterráneo y del mar Negro y, más al norte, hasta una cierta latitud, de la zona de los Urales. Se pensaba que las regiones árticas estaban pobladas por monstruos y en la parte central y más oriental del continente, las cartas ubicaban al paraíso terrestre o a otros lugares de delicia y al país de las gentes de Gog y Magog, destinados —según la Biblia— a devastar el mundo el día del juicio universal. De la India se tenía una información un poco menos extravagante, por cuanto estaba basada en el recuerdo de la empresa de Alejandro Magno, sobre la que la imaginación medieval había elaborado una leyenda muy afortunada; el último que la había visitado era el monje bizantino Cosme, llamado justamente Indicopleuste, pero su teoría de la tierra cuadrada y de los cuatro golfos no había contribuido a dar consistencia científica a los conocimientos geográficos, guiados por datos literarios y religiosos. La China era prácticamente ignorada, aparte de la descripción sumamente vaga que se podía captar leyendo la crónica del egipcio Teofilatto Simocatta, que escribió en la primera mitad del siglo VII.

El avance musulmán —al que también se ha culpado de haber despedazado la unidad del Mediterráneo— al propagarse por el Asia Menor para saltar luego hacia la India y el Turquestán oriental, había establecido una especie de diafragma entre Oriente y Occidente, convirtiéndolos en dos mundos cerrados y recíprocamente desconocidos, cada uno de los cuales creía estar completo en sí mismo y ser, al mismo tiempo, el centro de la humanidad. La ignorancia occidental puede, en efecto, compararse con la oriental con respecto a sus respectivas civilizaciones: el único chino que en el medioevo habla del Mediterráneo, es el autor de la *Descripción de los pueblos bárbaros,* de la primera mitad del siglo III, quien demuestra conocer solamente Sicilia y España meridional y ofrece de ambas una representación impregnada de elementos fantásticos y maravillosos, tomada sin duda de noticias de segunda mano. Por lo tanto, las dos civilizaciones continuaron desarrollándose de modo totalmente autónomo, sin comunicaciones directas y sin ninguna curiosidad por las respectivas existencias, hasta que la barrera continental musulmana se convirtió en el objetivo de las cruzadas por un lado y de las hordas mongólicas por el otro. Este motivo común hizo surgir la esperanza de una colaboración pero los tártaros no le atribuyeron nunca una importancia excesiva porque sus campañas contra Occidente estuvieron siempre condicionadas por las que llevaban a cabo contra la China, que era su presa más codiciada; pero los cristianos siguieron acariciando esta esperanza durante un siglo, creyendo seriamente en la posibilidad de evangelizar a los bárbaros y así amoldaron la acción política a seguir para con ellos. Por otra parte, para abrir un segundo frente a espaldas de los sarracenos, existía ya un mítico rey cristiano —el Padre Juan— que antiguas leyendas localizaban en alguna parte de Asia orien-

tal o en Etiopía (algunos llegarán a identificarlo con Gengis Kan o —como hará Marco Polo— con un príncipe rebelde vencido y muerto por el mismo Gengis Kan); además circulaba la noticia de la propagación de numerosas y activas colonias de cristianos, las cuales —si bien pertenecían a la iglesia nestoriana, es decir, a la herejía de las dos naturalezas de Cristo, la divina y la humana—, podían, sin embargo, constituir un precioso punto de apoyo.

Los precursores de Marco Polo

Las misiones entre los tártaros no tuvieron resultados políticos y religiosos alentadores pero abrieron una fase nueva en la historia de la exploración del continente asiático. Las primeras misiones se confiaron al dominico Ascelino de Cremona y al franciscano Giovanni da Pian del Carpine, quienes se pusieron en camino casi contemporáneamente, en 1245, pero el predicador lombardo imbuido en su autoridad de representante papal y escasamente dotado de las virtudes del diplomático, no avanzó mucho y fracasó en la empresa. Giovanni, por el contrario, partió de Lyon, atravesó Bohemia, Polonia y Ucrania y alcanzó a los mongoles que habitaban sobre las orillas del Dnieper y del Volga. Eran los dominios de Batu, el príncipe que había dirigido la campaña contra Europa, un jefe de índole y de capacidad muy discutidas. Lo acogió en la fastuosidad de su corte y lo hizo proseguir viaje hasta Karakorum, que era la capital del imperio. El fraile umbro y su acompañante Benedetto de Polonia, volvieron a emprender viaje el día de Pascua de 1246, escoltados por tres guías mongoles. Estaban extenuados porque durante toda la cuaresma no habían probado otro alimento que mijo condimentado con sal y no habían bebido otra cosa que nieve derretida, pero para llegar a tiempo para asistir a la consagración del nuevo soberano Guiuk cabalgaron a ritmo velocísimo, con numerosos cambios de caballos por día, con los miembros fajados para resistir a la fatiga.

La respuesta del gran kan, arrogante y provocadora, no compensaba las fatigas, penurias, humillaciones y los poco menos de diez mil kilómetros recorridos, ni podía alentar al papa a insistir en sus propósitos pero fue justamente la *Historia Mongalorum* de Pian del Carpine, escrita al regreso de su viaje, y en la que daba noticias sobre los cristianos que vivían en el Asia y afirmaba que era posible, antes o después, hacer aceptar el bautismo al emperador, la que preparó el terreno para nuevas esperanzas de un fértil apostolado.

La noticia tan esperada de la conversión de Guiuk y de su corte llegó en el 1248 a Chipre, al campo de los cruzados de Luis IX de Francia, llevada por dos embajadores mongoles. No había nada de cierto, pero bastó para mover al rey santo a enviar al gran kan una misión de dominicos encabezados por Andrés de Longjumeau: en Tarbagatai, se enteraría que Guiuk había muerto hacía poco; la viuda, que había asumido la regencia, aceptó los dones como tributo obligatorio y lo retribuyó con un mensaje en el que no faltaban las amenazas. Andrés retornó con muchas informaciones sobre la vida de los tártaros, y la convicción de que entre ellos se contaban numerosos cristianos nestorianos, movió a San Luis a confiar al monje franciscano Guillermo de Rubrouck otra misión, con la tarea de convertir al catolicismo a los jefes tártaros y de inducirlos a tomar las armas contra los musulmanes, que lo habían humillado tan duramente a orillas del Nilo. La cosecha evangélica de Guillermo de Rubrouck fue algo magra, porque sólo logró seis bautismos y también la misión diplomática terminó en un rotundo fracaso. Sin embargo, fueron muy importantes los resultados geográficos de su viaje desde Acre a Karakorum en compañía de fray Gerardo de Cremona, al que se le acordó luego el permiso de permanecer en la capital para ejercer su ministerio.

Giovanni da Pian del Carpine y Guillermo de Rubouck fueron los dos más importantes precursores de Marco Polo y sus relaciones de viaje, aunque se invaliden en una confrontación con el *Milione*, presentan una imagen nueva de Asia, concreta, genuina, de contornos bien definidos, que se destaca netamente de la mítica imagen tradicional, aunque conserva algo de ella en las partes que no provienen de la observación directa y donde es fácil reconocer los antiguos esquemas.

La argamasa primitiva de la vida nómade y aquellos horizontes de hierba y arena que se extendían indefinidamente, aún más desolados por los restos de las recientes destrucciones, les dieron la sensación de haber sido transportados fuera del tiempo; la caridad cristiana no atenuó la visión tétrica y amarga que trajeron de aquel mundo, al cual —también por ignorancia de la lengua— contemplaron desde afuera, con repulsión, sin ningún esfuerzo por acercarse y comprenderlo. Aquella población miserable, embrutecida por una inmundicia ritual, totalmente sometida a los jefes, no despertó en ellos ninguna piedad así como tampoco tuvieron el poder de impresionarlos ciertos aspectos fastuosos de la vida oriental: la legendaria Karakorum se vuelve para Rubrouk una rústica aldehuela parangonable a St. Denis y el monasterio de la ciudad parisina le parece diez veces más grande que el palacio del gran kan. Sin embargo, fueron, en definitiva, observadores inteligentes, conscientes, penetrantes, y contribuyeron mucho a una mejor valoración de los acontecimientos asiáticos por parte de los poderes constituidos. El regreso de Rubrouck, en 1256, marcó la interrupción de las tentativas de establecer relaciones diplomáticas entre el occidente cristiano y los tártaros, pero ya en 1242, la presión sobre Europa había terminado. Habiendo llegado a las puertas de Italia, los ejércitos de Batu habían regresado para ubicarse sobre las orillas del Volga, aparentemente reclamados hacia el este por la muerte del gran kan Ogodai. Entre tanto, estaba madurando en Asia una nueva situación que facilitaría enormemente los viajes y los intercambios. No pasará mucho tiempo para que, quien deseara hacer un viaje desde el Mediterráneo a la China, encontrase en manuales corrientes y fácilmente accesibles, todas las informaciones necesarias sobre las distancias a recorrer, los itinerarios, las provisiones, las compras y las inversiones más provechosas. "El camino de la Tana al Catay —es decir, desde el Don hasta la China, se lee en *La práctica del comercio*, de Francisco Pegolotti— es segurísimo, de día y de noche, según lo que consta por los comerciantes que lo han utilizado."

En el Asia unificada por la barbarie tártara ya no existen las fronteras y la paz —la *pax tartarica*— reina desde el levante al poniente, abriendo los caminos a los más audaces.

Nicoló y Matteo Polo

Los hermanos Polo, llegados a la región del bajo Volga, fueron acogidos benévolamente por el kan mongol del Kipcak —Berke, hermano y sucesor de Batu— al que donaron todas las joyas que habían llevado desde Constantinopla, recibiendo en cambio el doble de su valor, lo cual es una gentil manera de decir que de un contrato comercial regular, obtuvieron el doble del capital invertido. Podemos pensar que se les haya pagado en sedas o quizás en pieles que los rusos hacían afluir copiosamente al país, como pago de sus tributos. Pero no debieron contentarse con este primer beneficio, pues permanecieron en Bolgar durante un año, durante el cual continuaron sus negocios, adquiriendo práctica en la lengua y en las costumbres de los tártaros. Cuando decidieron regresar a la patria se les informó que, a causa de la guerra desencadenada entre Berke kan y su primo Hulagu, señor de la Persia mongola, el camino por el que habían venido se había vuelto inseguro. Prosiguieron entonces, hacia el Levante tratando de regresar por vía indirecta, pero cuando llegaron a Ukek, cerca de la moderna Saratov, donde terminaba el reino de Berke, empalmaron en la caravana para Bokara, y pasando el Volga, caminaron durante diecisiete días en un desierto vacío de ciudades y de castillos, habitado solamente por pastores tártaros con sus tiendas. En Bokara quedaron bloqueados por tres años sin poder avanzar ni retroceder, y presumiblemente sin hacer grandes negocios dado que la ciudad estaba ubicada fuera de las grandes corrientes de tráfico y la coyuntura no era de las más favorables. Afortunadamente llegó de Persia un men-



1

1. Kubilai Kan, en un retrato que se considera contemporáneo.

1. Kubilai kan, de caza.

2. Kubilai kan, de caza con halcón y leopardo.

3. Leones, leopardos y linces, adiestrados para la caza.





2



3

sajero de Hulagu quien, muy sorprendido de encontrar a los italianos en aquel lugar, donde no se los había visto jamás, los invitó a seguirlo al reino del gran kan, prometiéndoles "honor y bienes" y un viaje seguro y fácil. Los audaces hermanos aceptaron la propuesta y se pusieron en camino hacia el este, vale decir, en la dirección opuesta a la que hubiera sido lícito seguir para quien trataba de regresar en pocos años a Venecia, pero es bien sabido que los criterios lógicos a los que obedecían las decisiones de los hombres medievales no siempre coinciden con los esquemas mentales modernos y todas las conjeturas son posibles porque no se conocen las circunstancias que determinaron aquella elección.

Llegaron a la corte imperial después de un año, probablemente recorriendo el camino de las caravanas que atraviesan el Turquestán chino. Sobre el trono de Gengis Kan estaba entonces Kubilai, que había ascendido en 1260, después de haber vencido en una dura batalla dinástica: su reino marcaría el apogeo de la potencia mongólica.

Acogió a los hermanos Polo muy cordialmente, alegrándose de su llegada y, conversando con ellos en lengua tártara, los interrogó exhaustivamente sobre la forma de gobierno de los emperadores, sobre las órdenes militares, sobre la Iglesia romana y sobre el papa (cuya función nunca llegaron a comprender los mongoles) y evidentemente sus respuestas no lo desilusionaron, porque los envió a la sede apostólica como sus embajadores, junto a un "barón" tártaro, con el encargo de regresar acompañados de cien eclesiásticos expertos en las siete artes liberales, capaces de demostrar racionalmente a sus súbditos, confundidos por la idolatría, que la ley cristiana era superior a todas las otras. Deseaba además, un poco del aceite de la lámpara que ardía en Jerusalén en el Santo Sepulcro. No es fácil penetrar en los planes astutos de Kubilai, quien —aun cuando profesaba una gran tolerancia hacia todas las creencias religiosas— no escondía sus simpatías por los budistas, a quienes él había visto vencer en una célebre disputa teológica con los taoístas, llevada a cabo en el reino de su predecesor. Lo cierto es que, bajo su aparente entusiasmo por el catolicismo, se ocultaban fines políticos, como por ejemplo, el servirse de los misioneros pontificios para neutralizar los centros más peligrosos de la resistencia china, mientras pensaba sin duda, utilizar el santo óleo para prácticas de magia, a las que era muy afecto.

El viaje de Nicoló y Matteo Polo desde la residencia imperial hasta Siria, duró tres años, es decir, mucho más que el de ida. Para que pudieran viajar más segura y rápidamente, el gran kan los había munido de una tabla de oro, que valía como salvoconducto para todo el imperio y que garantizaba guía y socorro al que la portara; pero el viaje se vio demorado, no sólo por las adversas condiciones atmosféricas y los difíciles pasajes de los ríos, sino también por las ocasiones de realizar negocios que los Polo —expertos como eran en el comercio de recorrido— no dejaron escapar.

En Acre —donde arribaron en abril de 1269— se enteraron que el papa había pasado a mejor vida. Decidieron entonces seguir andando y esperar la nominación de su sucesor en Venecia, donde Nicoló ya no encontró a su mujer esperándolo. Había muerto, dejándole un hijo que tenía quince años, el protagonista de el *Milione*. Cuando los dos hermanos volvieron a embarcarse, rumbo al Levante, él iba con ellos. En Siria, los Polo fueron recibidos por el nuevo papa, Gregorio X, elegido hacía poco, mientras era legado apostólico en aquel lugar, quien les entregó cartas y dones para el gran kan y los hizo acompañar de dos dominicos, destinados sin duda, a reemplazar los cien sabios requeridos por el monarca oriental. Estos últimos, sin embargo, carentes de vocación para el martirio, se dejaron aterrorizar por los primeros peligros y no dudaron en abandonar el camino que los hubiese conducido a los tártaros, volviéndolos quizás más dignos del reino del Cielo, para retirarse poco decorosamente a un convento de la orden sobre el monte Carmelo. "Y maese Nicoló y maese Matteo —como se lee en la *Descripción del Mundo*— con Marco, hijo de maese Nicoló, se pusieron en camino, y tanto cabalgaron en invierno y en verano, que llegaron hasta el gran kan, que entonces se encontraba en una ciudad llamada Kemenfu (hoy K'aiping fu) muy grande y rica."

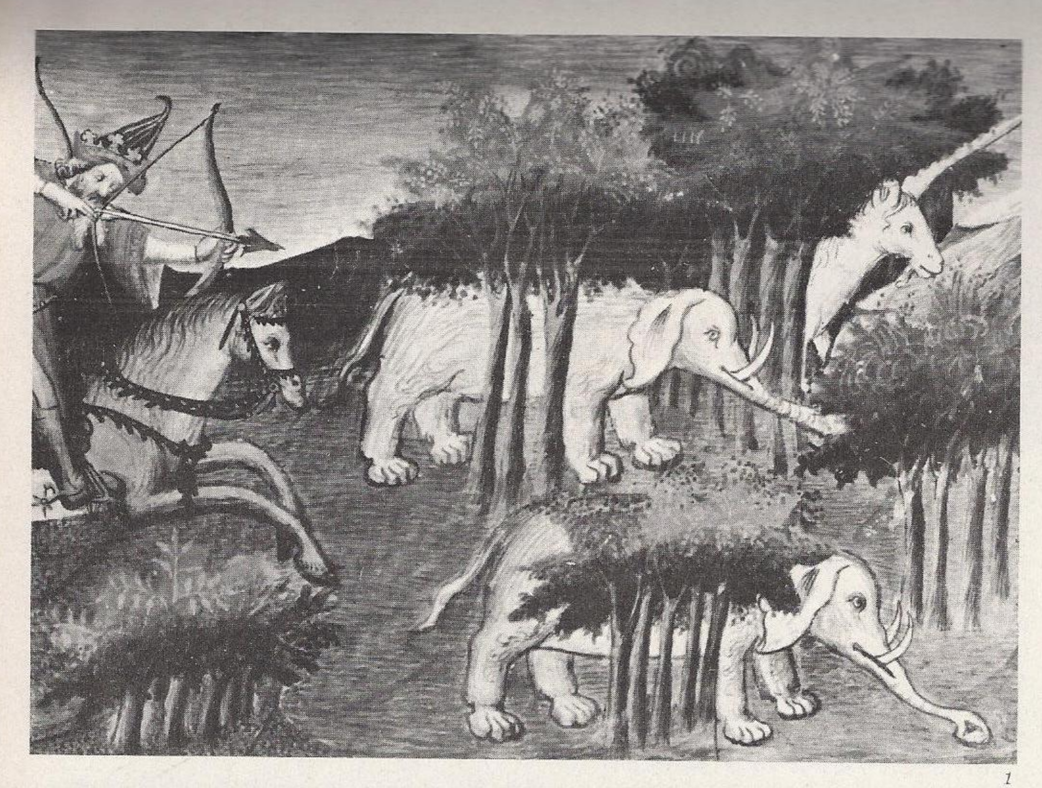
El viaje de Marco Polo

Desde la partida, el joven Polo se mostró atento a los aspectos más característicos de los países que atravesaba, especialmente aquéllos que podían despertar interés en un muchacho que se había formado en una ciudad en la que el arte del comercio constituía la actividad principal de una gran parte de los habitantes, y que ya había hecho su aprendizaje en esa profesión, quizás bajo la influencia de su misma madre, que, como tantas otras mujeres venecianas de toda condición social —comenzando por la *dogaressa* María Ziani—, no debía haber desdeñado colaborar en la fortuna familiar o realizar sus propios negocios.

Anotaba ordenadamente todo lo que veía, como era costumbre de los buenos comerciantes de Venecia, y sus apuntes no se limitaban a la práctica de los negocios, sino que comprendían también informes sobre los usos y las costumbres, además de detalles históricos y geográficos de alguna importancia. Y en los tres años que duró el viaje entabló relaciones tan directas y frecuentes con las poblaciones con las que tuvo la suerte en encontrarse, que poco tiempo después de su arribo a la corte de Kubilai Kan sabía hablar y escribir cuatro lenguas.

El itinerario que Marco Polo siguió, junto con su padre y su tío, para llegar a la residencia imperial de K'ai-Ping fu, ha sido reconstruido sólo en sus grandes líneas, ya que muchos detalles quedan todavía sin aclarar. Desde Laiazzo, pasando por Silicia y Armenia, atravesaron diagonalmente toda Persia, tocando Tabriz y por lo tanto Hormuz, atracadero de naves mal ensambladas, sobre el que era poco prudente aventurarse por correr aguas tempestuosas como las del océano Índico. Los tres venecianos continuaron por vía terrestre, protegidos por la tabla de oro imperial (por otra parte, los puertos meridionales de la China, hacia los que se hubiesen debido dirigir si elegían el mar, no habían sido todavía conquistados por los mongoles) y llegaron al Afghanistan septentrional y a los altiplanos de Badakhshan —en la zona del Pamir— donde se detuvieron casi por un año y donde Marco cayó enfermo. De allí descendieron hasta el Turquestán chino, a Kashgar, y avanzando por la senda meridional de la antigua ruta de la seda y a través del desierto de Gobi, llegaron a Sha-chow, a la entrada de la China. Recorrieron luego la provincia de Kan-su —en cuya capital Kan-chow, se detuvieron por un año, por motivos que no son conocidos— hasta la ensenada del río Amarillo y, sucesivamente, la región de Tenduc, llegando finalmente a la residencia de verano del emperador.

Kubilai acogió muy honorablemente a los Polo. Los invitó a permanecer en su corte y en seguida demostró su predilección por Marco, tratándolo con tanta intimidad que suscitó la envidia de otros altos dignatarios. En efecto, Marco, aunque muy joven, se mostró tan "sabio y prudente" además de bueno y virtuoso, que el emperador le confió numerosas misiones, aun a países lejanos. Agudo observador de todas las novedades y de las cosas inusitadas que encontraba, sabía contarlas a su regreso, de manera exhaustiva y admirable, a diferencia de los otros enviados, los cuales —"tontos e ignorantes"—, dejaban usualmente insatisfecho al soberano que quería ser enterado de todos los aspectos de los países recientemente conquistados, que eran prácticamente desconocidos para sus nuevos amos. Las fuentes chinas —donde no se ha encontrado todavía noticia segura de Marco Polo— no autorizan a creer que las suyas hayan sido realmente misiones diplomáticas sino más bien encargos de simple informador; por otra parte es casi cierto que la función que él desempeñó durante tres años en Yangchow fue más modesta que la atribuible a un gobernador. Quizás, como opina Peliot, ella consistiera solamente en algún cargo en la administración fiscal pero no debe sorprendernos que un extranjero sin preparación técnica especial haya llegado a hacer carrera en la corte del imperio más grande



1



2

1. *Caza en los bosques de Mien (Birmania).*

2. *La batalla con el rey de Mien.*

En las páginas centrales:
El palacio imperial en Pekín.

del mundo: el médico judío Sa'd ed Daulé, ¿no fue quizás nombrado ministro de finanzas del soberano mongol de Persia, Argun, en virtud de un purgante suministrado en el momento oportuno? Sin embargo, si bien la posición de Marco no fue excelsa como algunos han querido sostener, no hay dudas de que tampoco fue oscura, porque estuvo siempre al lado del emperador. Como hombre de confianza suyo, pudo adquirir un conocimiento profundo y completo de la China septentrional (*Catay*) y meridional (*Mangi*), a través de dos itinerarios principales que siguió desde Pekín a Yun-nan y desde Pekín a Fu-kien; visitó además Birmania y se lanzó hasta el centro de Annam (*Ciamba*) y Ceylan. En cuanto a su padre y tío, es poco probable que durante su estadía en China se dedicasen al ejercicio del comercio, una ocupación que —al contrario de lo que sucedía en Venecia o en Génova, donde se le reconocía plena dignidad— aquí estaba vedada para las clases superiores. Pero no debieron faltar ocasiones de acumular riquezas, si bien las alternaron con prácticas que fueron mejor vistas por los esquemas sociales mongoles: se sabe, por ejemplo, que en el asedio de Siang-Yang Fu, ellos contribuyeron —mediante la construcción de máquinas bélicas— a la rendición de la ciudad, en torno a la cual los conquistadores mongólicos, tradicionalmente débiles en estas empresas, o por lo menos, no tan poderosos como lo eran a campo abierto, estaban empeñados desde hacía tres años.

Después de diecisiete años de residencia entre los tártaros, habiendo quizás obtenido esa tranquilidad económica por la que el hombre medieval se afanaba tanto en su juventud para poder reposar en su vejez, los Polo pidieron varias veces permiso para regresar a la patria, pero no les fue fácil conseguirlo. Afortunadamente, sin embargo, justo cuando Marco acababa de llegar de la India "por mares inusitados, contando muchas fábulas de aquellas comarcas", se les presentó la ocasión de unirse al séquito de la princesa mongola Kokacin que, acompañada por una dama china descendiente de la destronada dinastía de los Sung, viajaba a Persia como esposa de Argun Kan. La expedición comprendía catorce naves de imponente velamen con numerosos equipajes y estaba munida de víveres para dos años. El gran kan dio a los tres viajeros tablas de oro como salvoconducto y cartas para el papa y para los reyes de la cristiandad, las cuales, admitiendo que hayan sido escritas, no llegaron nunca a sus destinatarios, al menos por cuanto se conoce. El viaje, que comenzó en Zaitun —actual Ts'üan-chou— en 1292, se desarrolló a lo largo de una ruta que tocaba la costa meridional de Sumatra (donde las naves permanecieron ancladas cinco meses), las Nicobare. Ceylan, para concluir en el golfo Pérsico luego de veintiún meses de viaje; la muerte

alcanzó a seiscientos miembros de aquel cortejo, extenuados por el dramático peregrinar por los mares tropicales. Quedaron con vida solamente dieciocho. La princesa Kokacin, que había encontrado muerto a su prometido Argun y debió consolarse casándose con su hijo Cazan, se separó llorando de sus acompañantes (el dramaturgo norteamericano Eugene O'Neill, podrá así imaginar un amor infeliz de la joven tártara por nuestro héroe, ya cuarentón, que constituirá la materia de su obra teatral *Marco Milioni*). Los Polo se detuvieron nueve meses en la corte del nuevo kan de Persia, Gaikatu, justo en la época en que estaba tratando de difundir entre sus súbditos el uso de la moneda de papel y aquí se enteraron, seguramente, de la muerte del gran kan Kubilai (1294), alegrándose muchísimo de haber abandonado a tiempo sus palacios. Cuando emprendieron el viaje, recibieron en donación cuatro tablas de oro, con las cuales pudieron atravesar sin problemas el país, que estaba convulsionado por bandidos y luchas intestinas. Pero no bien abandonaron la tierra de los mongoles, y una vez que hubieron llegado al mundo occidental, fueron despojados en Trebisonda de una parte de sus bienes que tan afortunadamente habían reunido. De Trebisonda pasaron luego a Constantinopla y finalmente a Nigroponte y a Venecia, donde el viaje concluyó en 1295.

El regreso a Venecia y la prisión

Quien ame las lecturas fantasiosas y ricas en golpes de escena, podrá deleitarse con la relación de lo que habría ocurrido en Venecia —según la tradición— al regreso de Marco Polo y de sus parientes del extraordinario viaje oriental. Lo encontrará en la bella prosa del siglo XVI de Giovan Battista Ramusio, junto con la consideración de que fue "más difícil viajar al Catay que al Nuevo Mundo y más peligroso y largo" porque Cristóbal Colón llegó a América en treinta o cuarenta días, impulsado por el viento y llevando consigo "cómodamente" todo lo necesario, mientras aquellos gentilhombres venecianos emplearon un año y se vieron obligados a tirar "por una extensión y aspereza desesperante del camino" todos los víveres que necesitaban.

Como Ulises en Itaca, no fueron reconocidos por nadie, y menos por los parientes, quienes —creyéndolos muertos— habían invadido su casa en San Giovanni Crisóstomo: vestidos toscamente, transfigurados por el tiempo y la fatiga, tenían algo de tártaro en el rostro y en el hablar. Para hacerse conocer, eligieron un expediente digno de un melodrama: convidados numerosos parientes, los tres Polo aparecieron vistiendo trajes de raso, que luego cortaron en pedazos, los distribuyeron entre los servidores, y la misma cosa hicieron después de algunos platos, con los trajes de terciopelo con los que se habían vestido después. En este punto, Marco tomó los rústicos paños tártaros con los cuales habían desembarcado y sirviéndose de cuchillos afilados, comenzó a cortar orlas y costuras para que pudiesen saltar en grandes cantidades zafiros, rubíes, diamantes, esmeraldas, es decir, todas las joyas en que habían convertido —por razones prácticas— las riquezas recibidas de regalo por el kan: sólo entonces fueron reconocidos y tuvieron "gran honor y reverencia".

La erudición, demostrando la falsedad de algunos de sus elementos, ha terminado por hacer justicia a esta bella historia de Ramusio, que responde por otra parte a esquemas de valoración de la riqueza que pertenecen más a la mentalidad renacentista que a la época de los Polo; ni siquiera desde fuera de su simbolismo simplista se llegaría a comprender la necesidad de esa mascarada con trajes tártaros, que —si es que realmente existió— no habría podido limitarse a las horas del convite, sino que hubiera debido prolongarse por algunos meses, es decir, por todo el tiempo necesario para llegar a Venecia desde Constantinopla que era su avanzada oriental.

Como quiera que hayan sido las cosas, es cierto sin embargo que —también a causa de la agresión sufrida en Trebisonda— el resultado económico de la empresa de los Polo no debió ser en definitiva imponente, al menos por lo que se puede juzgar de los testimonios, realmente escasos, sobre la vida que llevaron después del regreso a la patria; una vida sin duda decorosa, pero sin la grandiosidad que se hubiera podido esperar. Marco además, no pudo gozarla plenamente porque vivió una experiencia desagradable, a la que debemos, sin embargo, la narración que nos ha dejado de su viaje, sin la cual, probablemente hubiera quedado de él sólo el nombre y tal vez la vaga alusión a una expedición al Extremo Oriente demasiado excepcional para que se la aceptase como verídica.

En un episodio de la guerra marítima librada más o menos abiertamente entre Venecia y Génova, durante casi toda la segunda mitad del siglo, Marco fue hecho prisionero y llevado a Génova. Está en discusión si este hecho de armas fue un encuentro en las aguas de Laiazzo (1296) entre naves comerciales armadas —como sostiene un contemporáneo, el dominico Jacobo d'Acqui en su *Imago mundi*— o bien la célebre batalla de Curzola (1298), de acuerdo a la tradición ramusiana. Se inclinan por la primera tesis aquéllos que ven en Marco Polo a un comerciante, ocupado en sus negocios después de su regreso del Oriente; prefieren la segunda tesis quienes lo consideran un gentilhombre, noblemente empeñado, como convenía a las circunstancias, en una nave de guerra.

En la cárcel de Génova Marco Polo tuvo como compañero de desventuras a un pisano capturado en la batalla de Meloria, Rustichello, modesto artesano de la pluma, conocido por los entusiastas del ciclo bretón como autor de una novela en la que se habla del padre de Tristán y de otros caballeros aventureros. Fue a este excepcional colaborador a quien confió —como un experto en este tipo de trabajo— sus apuntes de viaje, para que los ordenase en una narración bien disciplinada, para entretenimiento e instrucción de quien lo leyese.

Antes de que el viajero veneciano se preparase para retornar a su casa, al lograrse la paz entre las dos repúblicas, Rustichello de Pisa había terminado su trabajo, componiéndolo —como era su costumbre y con todas las incorrecciones y todos los italianismos de la época característicos de la producción italiana— en francés, lengua que gozaba por aquel entonces de una gran difusión y que era la más apta para divulgar el relato. Se llamó *Divisament du monde* (Descripción del mundo), pero se popularizó pronto con el título de *Libro de las maravillas del mundo*, o bajo el nombre de *Milione*, vale decir, "libro de Milione", según la costumbre de llamar a la obra con el nombre del autor.

¿Por qué *Milione*? Marco Polo llevaba el sobrenombre de Milione no porque fuera millonario o porque —como cuenta Ramusio— así lo llamaron sus conciudadanos para burlarse de su continuo hablar de las riquezas de los países orientales, expresándolas siempre en el orden de los millones: Milione es simplemente la aféresis de un nombre —Emilione— que Marco, como, por otra parte también su padre, unía al nombre ordinario para evitar homonimias y confusiones con las otras familias Polo, que eran muy numerosas en Venecia. Nada de burla hay, pues, en esta adición.

El "Milione"

Si bien ésta es la verdadera explicación del título (o, por lo menos, la que hoy se acepta comúnmente) no hay duda, sin embargo, de que referida así a un libro tan lleno de cosas fantásticas y extravagantes, donde a menudo la realidad parece ceder paso a lo increíble y los fenómenos se narran con una grandeza hiperbólica, se lo ligase de algún modo con el escepticismo —o con la expectación— de los contemporáneos por lo que se narraba. Que el *Milione* debió enfrentarse, desde su aparición, con la incredulidad de sus lectores, lo aprendemos de Jacobo d'Acqui, quien nos informa que —invitado antes de morir a volver a narrar las alegres fábulas que había contado— Marco Polo habría contestado que no había escrito ni siquiera la mitad de lo que vio. *"Non scripsi medietates de hiis que vidi"*. El mismo Pian del Carpine, en el prólogo de su *Historia Mongolorum*, que quedó olvidada mucho tiempo justamente porque no divagaba en lo maravilloso, ma-





nifiesta el temor de no ser creído. Y algunos siglos después, otro veneciano —Giosafat Barbaro— que se internó hasta la Rusia meridional y Persia, resistió durante largo tiempo el deseo de escribir las cosas que había visto, las cuales "por no ser usuales acá, a aquéllos que por así decir, nunca salieron de Venecia, quizás les parecerán burla". Mucho tiempo deberá pasar antes que la Europa occidental se convenza de que su mentalidad y sus estructuras no son las únicas posibles y tampoco las mejores y aprenda a mirar a los otros pueblos en una perspectiva que no considere innatural o incivil todo lo que no estuviera de acuerdo con sus concepciones.

Piénsese en la extraordinaria maravilla que deben haber desatado las costumbres amatorias y conyugales descriptas por Marco Polo, en una sociedad que se reflejaba en una novelística que tenía entre sus temas favoritos el del marido enviado —como se decía— "a Cornéto" después de una secuela de subterfugios, astucias, intrigas, de las que sale engañado y tal vez resignado, apareciendo alguna vez consintiendo, pero en ningún caso alegre y orgulloso de esta experiencia. El *Milione,* por el contrario, está poblado de hombres de temperamento desconcertante, que parecen concebidos de acuerdo a una inversión de los modelos ofrecidos por el mundo real, es decir, el de la cristiandad: en la región del Gaindu, en los límites con Birmania y con el Tibet, para que los ídolos les sean propicios, los dueños de casa suelen dejar a sus mujeres a disposición del forastero que puede gozar de esta generosa hospitalidad por todo el tiempo que desee, con la única condición de colocar fuera de la puerta, un sombrero o alguna otra señal de su presencia. Algo parecido se hace también en el oasis de Hami, en las orillas del Gobi, mientras en un lugar del Turquestán la mujer puede tomar otro hombre si la ausencia del marido se prolonga más de los veinte días. En el Tibet una mujer se vuelve preciada a los dioses y al esposo cuando ha tenido numerosas experiencias prematrimoniales; en China, por el contrario, la pureza es una dote tan apreciada que las niñas son preservadas hasta aprendiendo a caminar de un modo particular, y ni el aspirante a marido se contenta con la específica garantía del futuro suegro, sino que se resguarda de posibles sorpresas —y de engaños—, con cláusulas expresas en el pacto nupcial y sometiendo a la muchacha a la prueba de la virtud. Marco Polo, que ha recorrido estos países todavía joven, ha sido un ávido observador de tales extrañezas y las difunde cada vez que se le presenta la oportunidad; pero no son solamente estos pasajes los que despertaron escepticismo en el lector.

En China, Polo ha visto arder las piedras como leña; en la región del Altai, ha visto la salamandra que resiste al fuego; en Sumatra, el fabuloso unicornio; sobre las orillas del mar Caspio una fuente de aceite combustible: aquellas maravillas del Oriente hoy nos son familiares y las llamamos carbón vegetal y amianto, rinoceronte y petróleo, pero el raciocinio de los contemporáneos las rechazaba porque no se ajustaban a los conocimientos científicos y seudo científicos que tenían derecho de ciudadanía en su mundo. Por otra parte, aun cuando generaciones de especialistas se dedicaron a la exégesis de el *Milione,* la factibilidad de ciertos episodios queda siempre subordinada al hábito mental de quien los lee. Así, en su *Geografía del Medioevo,* publicada en 1829, el erudito alemán K. Hüllmann creía poder demostrar que Marco Polo no había ido más allá de Bokara y que su libro no es más que una rústica compilación, sobre una trama fantástica, de noticias obtenidas en obras árabes o escuchadas a los mercaderes. Un tal Francisco Zingaropoli, por el contrario, que se autodefinía *espiritista,* extrajo en 1911 singulares conclusiones —prescindiendo de su valor hagiográfico— del gran milagro de la montaña, sucedido en Bagdad poco antes de que los tártaros la conquistaran. Marco Polo narra que un califa convocó un día a todos los cristianos que le estaban sometidos y alegando el pasaje del Evangelio donde está escrito que si un cristiano tuviese tanta fe como un grano de arena, podría, sólo con la plegaria, unir dos montañas, les ordenó cambiar de lugar, en el plazo de diez días un monte cercano a la ciudad, bajo la amenaza de ser ajusticiados u obligados a aceptar las leyes de Mahoma. Los cristianos se salvaron, cuando ya estaban por perder toda esperanza, gracias a un zapatero de tanta santidad y virtud que había llegado a sacarse un ojo para castigarlo por haber admirado el pie de una cliente. El día establecido, ante una multitud de cristianos y sarracenos, se puso de rodillas y rogó con tanto fervor que logró hacer avanzar una milla a la montaña. La presencia de aquellos cientos de miles de fieles "llorosos e implorantes, todos con una intensa concentración de la voluntad y del espíritu hacia una meta ambicionada y salvadora" —comenta nuestro "espiritista"— constituyó un incalculable escape de fuerzas capaces de vencer las más arduas resistencias de la materia: aquella extraordinaria manifestación de mediumnidad colectiva, exaltada por una casta y potente figura central, no debe, por lo tanto, considerarse absurda . . .

Durante muchos siglos el *Milione* fue extraño a las exigencias de toda actividad práctica y se adelantó al patrimonio geográfico consagrado, por lo cual nunca se supo distinguir qué partes de la narración correspondía a la realidad y cuáles eran fruto de la imaginación. En efecto, la exploración científica del Asia no comenzó antes del siglo XVIII y ciertos problemas no se aclararon sino a fines del siglo XIX (piénsese que las fuentes del río Amarillo, tocadas por Odorico de Pordenone en el siglo XIV, fueron descubiertas por el viajero ruso Przevalski, apenas en 1884). Sólo entonces fue posible apreciar en su valor de auténtico testimonio, una obra que la ciencia oficial no había tenido el coraje de aceptar, salvo algún reconocimiento aislado como el de Pedro d'Abano. No debe sorprender por eso que el *Milione* deba su éxito, sobre todo a la riqueza de invención y al gusto por lo maravilloso y no es una casualidad que en numerosos manuscritos se encuentre junto a los celebérrimos e imaginarios viajes del señor de Mandeville, los cuales fueron leídos con mayor avidez, justamente porque, como puro producto de la fantasía, daban mayor escape al deseo de evasión del hombre medieval, a sus temores, a sus esperanzas, a sus vagabundeos utopistas y a todos los sueños que localizaba en los países lejanos, especialmente en los del Oriente.

Muchos de sus motivos fabulosos derivaron también de la personalidad del autor, quien —no debe olvidarse— era comerciante de profesión, si bien —para usar la bella expresión de Roberto S. López— habiendo partido comerciante se había convertido en hombre de estado y había regresado como gentilhombre. Por más que no se quiera caracterizar su figura, lo cierto es que su bagaje cultural, su sensibilidad, su esfera de intereses, eran los de un comerciante, desprovisto de las convicciones y de los problemas cosmográficos de un Colón o de un Vasco de Gama. Nutrido en las tradiciones populares y literarias de las maravillas del Asia, que encontraban su expresión más corriente en las naraciones de la gesta de Alejandro Magno hacia los confines orientales y cuya leyenda, el mundo occidental había conservado durante mucho tiempo, Marco Polo estaba dispuesto a admitir todo lo que, sin contradecir los datos de sus experiencias, se asemejara de algún modo a la imagen tradicional del continente, construcción que él no tenía ninguna intención de destruir o modificar —admitiendo que hubiese sido capaz— sino que deseaba integrar con nuevos elementos, que justamente por el exotismo del cuadro en el que se insertaban, obtenían paradójicamente, sino su veracidad, al menos su legitimidad. Así, no podía faltar en el libro el personaje fascisnante y rico de transparentes alegorías del Viejo de la Montaña, jefe de la poderosa secta ismaelita y predecesor del actual Agha Kan, quien —por el interés que había despertado en Occidente— era inseparable de cualquier descripción del Asia. En la época de Marco Polo, el Viejo había sido asesinado y sus seguidores habían sido dispersados pero el viajero veneciano tuvo el cuidado de hacerse narrar la historia por varias personas. El Viejo, narraban, había hecho construir en un valle de Persia un delicioso jardín surcado por canales por los que corrían vino o leche o miel, alegrado por mujeres bellísimas, expertas en el canto y en



1



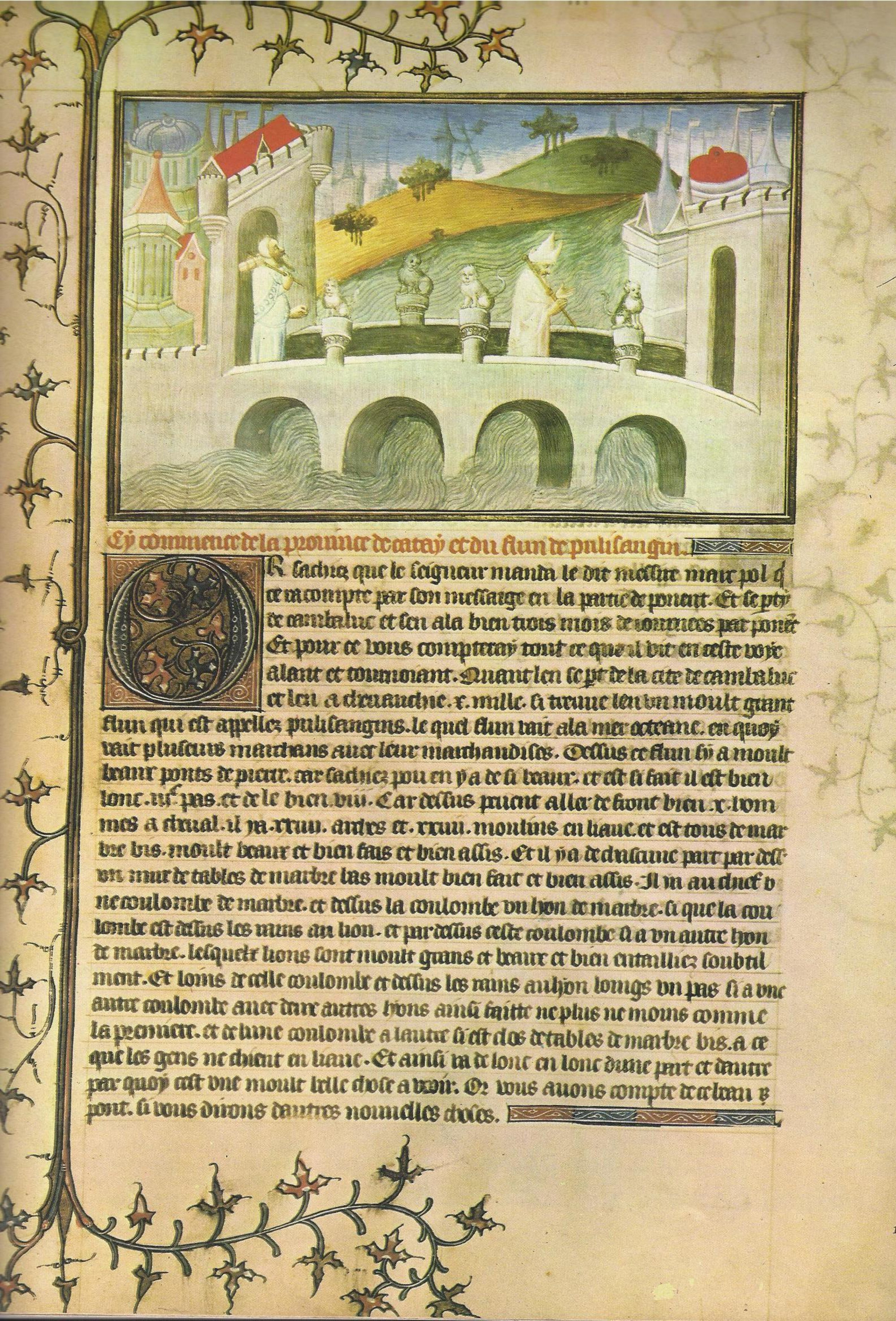
3

2

1. Parten desde Pekín los mensajeros del kan.

2. Sobre un trono chino, el soberano mongol de Persia, Gaikatu, instituye un proceso por los desórdenes que siguieron a la muerte de su hermano Argun. París, Bibliotheque Nationale, Suppl. persan 1113.

3. Abaga, soberano mongol de Persia, en el trono. París, Bibliotheque Nationale, Suppl. persan 1113.


Cy commence de la province de cathay et du flun de pulisangin.

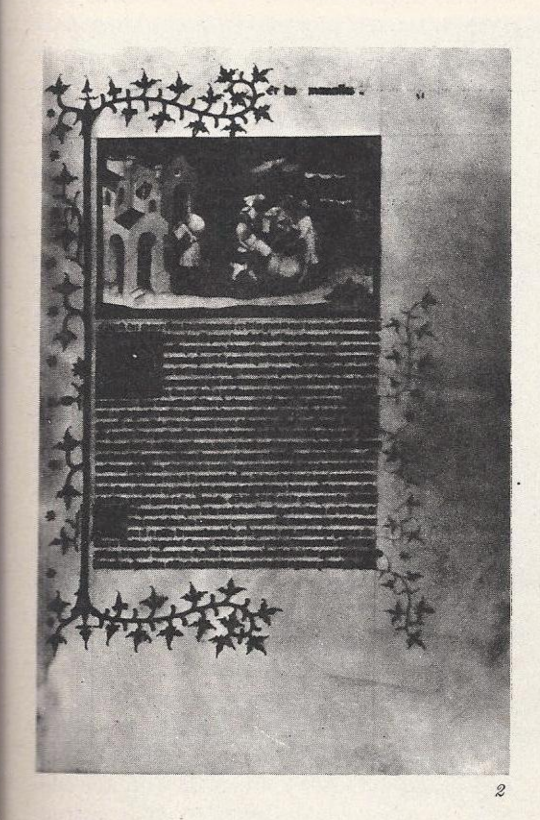
OR sachiez que le seigneur manda le dit messire marc pol q
ce ot compte par son messaige en la partie de ponent. Et se ptit
de cambaluc et sen ala bien trois mois de iournees par ponet
Et pour ce vous compteray tout ce que il vit en ceste voye
alant et tournoiant. Quant len se pt de la cite de cambaluc
et len a cheuauche .x. mille. si treuue len vn moult grant
flun qui est appellez pulisangins. le quel flun vait a la mer oceane. en quoy
vait plusieurs marchans auec leur marchandises. Dessus ce flun si a moult
beaux ponts de pierre. car sachiez pou en y a de si beaux. et est si fait il est bien
lonc .iij.c pas. et de le bien .viij. Car dessus pueent aller de front bien .x. hom
mes a cheual. il ya .xxiiij. arches et .xxiiij. moulins en leaue. et est tous de mar
bre bis. moult beaux et bien fais et bien assis. Et il y a de chascune part par dess
us vn mur de tables de marbre bas moult bien fait et bien assis. Il ya au chief v
ne coulombe de marbre. et dessus la coulombe vn lyon de marbre. si que la cou
lombe est dessus les rains au lion. et par dessus ceste coulombe si a vn autre lyon
de marbre. lesquelz lions sont moult grans et beaux et bien entailliez soubtil
ment. Et loins de celle coulombe et dessus les rains au lyon longs vn pas si a vne
autre coulombe auec deux autres lyons ainsi faitte ne plus ne moins comme
la premiere. et de lune coulombe a lautre si est clos de tables de marbre bis. a ce
que les gens ne cheent en leaue. Et ainsi va de lonc en lonc dune part et dautre
par quoy cest vne moult belle chose a veoir. Or vous auons compte de ce beau
pont. si vous dirons dautres nouuelles choses.

1. En las puertas del Catay: el puente de Lu-ku-kiao.

2. El río Amarillo y la ciudad comercial de Ho-chiung-fu.

la danza, para que en todo se pareciese al paraíso prometido por el Corán. Allí, haciéndose pasar por profeta, tenía una espléndida corte; escogía a los jóvenes más valientes de la comarca y después de suministrarles un somnífero, los dejaba despertarse en aquella especie de lugar ultraterreno; con este sutil engaño no le era difícil ganarse la obediencia más fanática y les encargaba matar a sus enemigos. En la base de este episodio hay, por cierto, un núcleo de verdad, pero los ingredientes con los que ha sido manipulado pertenecen al recetario de la leyenda medieval y a la polémica antimahometana.

Agréguese a esto, el hecho de que los nuevos países que Marco Polo describía eran de una extensión tal que la vida de un hombre no hubiera bastado para recorrerlos. Él había podido visitar solamente una parte, mientras que para el resto había debido confiar en los testimonios de otros, pero las informaciones directas y las de segunda mano están tan fundidas en el *Milione* que uno de los problemas fundamentales de sus exégesis es justamente el de distinguirlos, estableciendo los lugares en los que el autor ha estado realmente.



2

En Sumatra vio un rinoceronte y no tardó en reconocer en aquella bestia de gran mole, con un gruesísimo cuerno negro en la frente, al fabuloso unicornio, confirmando así su existencia si bien debió desmentir explícitamente la opinión difundida en Occidente y expresada, por ejemplo en el *Trésor* de Brunetto Latini, de que para capturarlo era suficiente una joven virgen, dispuesta a adormecerlo en su regazo hasta la llegada de los cazadores. En Japón —es decir en una isla que no pudo visitar, también porque los mongoles habían fracasado en su conquista justamente durante el reino de Kubilai— Polo sitúa todo el oro del Oriente que no alcanzó a ver durante su viaje; en Cipango, el país del sol naciente, el oro se encuentra en cantidades extraordinarias; el palacio real está cubierto de oro fino así como las iglesias y los palacios de Europa están cubiertos de plomo, y también el pavimento de sus cámaras es de oro macizo, de un grosor mayor de dos dedos. Cristóbal Colón, quien leyó el *Milione* en una copia de la edición de Amberes del 1485, hoy conservada en Sevilla, siguió ávidamente la descripción de estas fabulosas riquezas; lo atestiguan numerosas notas marginales de su puño y letra. Y en las costas del Nuevo Mundo buscó obstinadamente el camino que podía conducirlo hacia aquellos techos, fabricados con el precioso metal, con el cual —como escribía a los soberanos españoles— se puede hacer todo en este mundo, hasta hacer ganar el paraíso a las almas.

El retrato de Asia

El *Milione* no es un diario de viaje ni una novela de aventuras. Es, intencionalmente, una obra didáctica, del tipo que tuvo tanta influencia en el medioevo, destinada a todos aquellos que quisiesen conocer "las distintas razas humanas y todas las grandes particularidades de las comarcas del Oriente". Salvo en el prólogo —que contiene una narración esquemática de las vicisitudes del primero y del segundo viaje, con el regreso por vía marítima—, Marco Polo no aparece en el papel de protagonista, sino que habla de sí mismo sólo excepcionalmente, evitando toda referencia, aunque fuera genérica, a los itinerarios recorridos y a los medios empleados, y todo aquello que vio lo integra con las informaciones que se preocupó de recoger sobre los lugares que no conoció directamente, de modo de proporcionar al lector, en lo posible, una visión geográfica completa de los países orientales. La descripción tiene por objeto "los pueblos, las bestias, los pájaros, el oro, la plata, las piedras preciosas, las perlas, las mercancías, los usos y costumbres de la gente y muchas otras cosas" y se vale de un esquema fijo en el que F. Borlandi ha reconocido el diseño de composición y la materia de los manuales de comercio, lo que confirma una interpretación de la personalidad de Marco Polo en la que se adjudica más importancia al comerciante veneciano que al geógrafo, explorador, aventurero, diplomático, misionero y todos los otros personajes y caracteres que los comentadores han creído poder descubrir en él.

Es realmente una suerte que la frescura del dictado de Marco Polo no haya sido sofisticada por su colaborador y justamente debemos a la escasa preparación de Rustichello y a que no tuviera una personalidad sobresaliente, que el *Milione* no se viera obstruido por reminiscencias bíblicas o clásicas y transformado en una enciclopedia geográfica digna de alinearse con los productos de la mentalidad escolástica de su tiempo. El pisano —que se limitó a ordenar las notas de Marco Polo y traducirlas a su francés aproximativo— no puede reivindicar para sí más que fórmulas retóricas y las narraciones infaltables de las crudas y horrendas batallas, fastidiosas y esteriotipadas. Estas últimas pertenecen más a las novelas de gusto occidental que a la historia del Asia y es, evidentemente, un tributo que era necesario pagar al público de burgueses y letrados al que el libro estaba dedicado. Pero algunas veces su intervención se muestra desmañada y la colaboración entre dos personas de experiencia tan diferente —aunque tuvieran un denominador cultural no totalmente disímil— naufraga en un compromiso que genera desigualdades, desequilibrios y desórdenes.

El retrato de la vida asiática ofrecido por el *Milione*, fruto de una observación atenta y de una excepcional capacidad para captar los fenómenos en los aspectos que mejor pudieran descubrirlos, va mucho más allá de una simple reseña de países y recursos

económicos. Es un mundo totalmente nuevo, concreto y coherente, si bien forjado de una materia portentosa que lo hace aparecer irreal. Sin embargo, permanecerá como una revelación inútil para una sociedad que no tenía ningún interés práctico en conocer un continente con el que no mantenía relaciones directas y que, en cuanto a lo ignoto, se conformaba con explicaciones científicas como aquella de que la vida humana en las antípodas es un absurdo evidente.

La sustancia doctrinal de este mundo, refleja claramente la mentalidad y los límites de Marco Polo, similares, por otra parte, a la de otros viajeros de la edad media que imprimen su propia fisonomía a sus recuerdos. Por eso no debemos esperar que los 234 capítulos que constituyen la obra sigan un criterio de exposición rigurosa. Dado que el autor ha logrado captar una visión geográfica de conjunto del continente euroasiático, encerrado en el mar Océano, que hacia el poniente toma el nombre de mar de Inglaterra y hacia el levante el de mar de China, la descripción procede según el desarrollo de viaje, con numerosas discontinuidades y digresiones. El orden de importancia de las cosas narradas se confía al capricho que las coloca en una perspectiva que no tiene demasiado en cuenta sus proporciones reales. Así las observaciones sobre la vida y sobre la cultura de los pueblos se refieren sobre todo a las formas que más podían atraer a un observador de óptimas calidad pero con el bagaje cultural que se puede atribuir un comerciante: vale decir, aquella formación que en la óptica de un europeo podían parecer extrañezas, extravagancias, curiosidades, ya se tratara de creencias religiosas o de bebidas, de formas de vestir o de comportamientos sexuales, que fueron las cosas que le dieron éxito al libro. La atención está concentrada sobre las manifestaciones de vida humana como las que mejor podían hacer resaltar las diferencias y dar a esas regiones exóticas la consistencia de orden material y espiritual. Los aspectos de geografía física pasan a segundo plano y también las distancias se expresan en una dimensión humana, es decir en jornadas de viaje: el desierto de Lop —se lee, por ejemplo— es tan grande "que requiere un año para atravesarlo de un extremo a otro y, en el punto donde la extensión es menor la travesía dura un mes; y en otro lugar: "cuando se deja la provincia de Balascian, se cabalga doce jornadas entre levante y nordeste, a lo largo de un grandísimo río, a cuyo término se encuentra una provincia más bien chica, que no tiene ni tres jornadas de extensión". Los geógrafos modernos saben que el desierto es el Gobi, que las provincias son el Badakhashan y el Wakhan, en los límites nordorientales de Afghanistan y el río es el Amu Daria, pero si bien desde fines del siglo XIV la cartografía del Asia comienza a aceptar los resultados de las exploraciones de los Polo, para la generalidad de los lectores del *Milione* aquellos datos quedan como letra muerta. Para ellos, Asia no constituía una unidad geográfica, sino una región de la imaginación y del gran desierto y no habrán podido olvidar las voces pavorosas que asaltaban a los viajeros, haciéndolos salir del camino y de Balascian, los caprichosos pantalones de sus nobles damas, que requerían para sus pliegues, de sesenta a cien brazas de algodón: es para esos lectores para quien Marco Polo ha oído y ha visto.

Polo pone también un vivo interés en los animales, sugestionado por la rareza de sus formas y siguiendo el gusto característico de la época: los cocodrilos del Karagian "grandes como un gran tonel" y la inocua jirafa son descriptos minuciosamente, así como las cinco especies de grullas de "Ciannagor", pintadas de todos colores. Los paisajes agrarios, por el contrario, dejan un poco insensible al veneciano criado en los horizontes de su laguna, y se resuelven a menudo en la recomendación de retroceder para beber y comer porque el suelo es avaro de alimentos.

Las que provocan el entusiasmo de Marco Polo son las ciudades, las ciudades del Asia central donde se encuentran "las mejores cosas del mundo", las ciudades de China, tan atestadas de gente y de riquezas. Para expresar sus grandezas, recurre a las letanía de cifras que resuenan, subraya Ives Renouard, como las enumeraciones de los combatientes en un canto épico: es el lirismo de los hombres de negocio. Chinsai (Hang-chow fu), la capital de Mangi, tiene un perímetro de cien millas, calles de cuarenta pasos, doce mil puentes y doce corporaciones principales con doce mil tiendas cada una, es decir, no menos de un millón y medio de artesanos. Para un contemporáneo de Marco Polo, la cifra que podía dar la pauta de la inmensa aglomeración humana era la del consumo diario de pimienta: algo menos de diez mil libras. Pekín, que desde 1267 es la capital invernal del imperio mongol, no tiene en su parte nueva el aspecto de Venecia, donde las casas florecen en racimos desordenados a lo largo de los canales y en torno al mercado de Rialto y a la iglesia de San Marcos. Aunque sin poseer los dos planos de la ciudad ideal de Leonardo, tiene una estructura orgánica que responde a criterios urbanísticos racionales. Perfectamente cuadrada, sus calles rectilíneas se entrecruzan como un tablero, en un sistema de doce puertas, presididas por una guarnición de doce mil soldados. Hacia las puertas convergen los suburbios que constituyen el perímetro. En estos barrios periféricos residen los comerciantes extranjeros, alojados en "fondacos" y allí también se hospedan veinte mil mujerzuelas alegres, organizadas por centurias al mando de capitanes y de un general. Su ejército —del que el autor sugiere con mucha desenvoltura que se extraiga una evaluación de la población total— era apenas inferior a los treinta mil estudiantes que el sirio Rabban Cauma, embajador de Argun en la corte de Felipe el Hermoso, vio congregarse en la austera ciudad de la Sorbona hacia los mismos años.

Zaitun (Ts'üan-chou), el puerto del comercio con la India, que tiene un movimiento cien veces superior al de Alejandría en Egipto, no queda a la zaga de Pekín, si bien la medida de su florecimiento la constituye —de modo quizás no tan sugestivo— los altos fletes cobrados por su industria de armadores y por el ingreso de los impuestos que paga el erario mongol.

Marco Polo observa también algunos elementos arquitectónicos de las ciudades pero se le escapan, en general, los valores artísticos: aun cuando en su libro —también gracias a Rustichello— él prefiera aparecer como el gentilhombre al servicio del gran Kan, su personalidad de comerciante veneciano, inducido a una valoración práctica de los fenómenos, aflora constantemente. En Ciandu (Shang-tu) admira, en los palacios de verano del emperador, las pinturas "que representan bestias, pájaros, árboles, flores, que es una gloria y una maravilla ver", pero está más interesado en un techo hecho de cañas de un espesor determinado, tratadas con un barniz impermeable, divididas en dos a lo largo, de modo de obtener de ellas tejas, fijadas con clavos para poder resistir a la fuerza de los vientos, y dispuestas, finalmente, de manera de poderse correr, con el auxilio de doscientas cuerdas de seda. Y en los jardines imperiales de Pekín, una montaña artificial le plantea el problema de averiguar de dónde ha sido tomada la tierra para construirla; la solución la encuentra en dos fosas transformadas en peceras, mediante la penetración de un río.

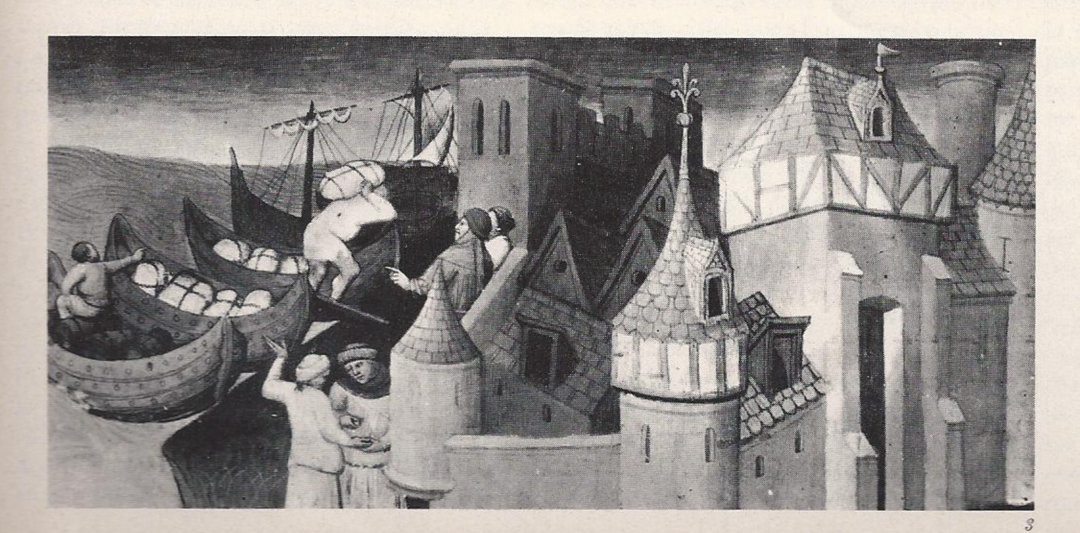
Una gran parte del libro, su misma trama, está constituida por noticias de carácter económico sobre la localización y las estructuras de los centros de producción y de los comerciantes y sobre las características de las mercancías, con particular referencia a las telas, a las piedras preciosas y a las especies sobre las monedas utilizadas, sobre la seguridad de los caminos y de las provisiones de que es aconsejable munirse, sobre las tarifas aduaneras y sobre los usos de plaza. En Sumatra se interesó por el *verzino* *, que en Europa era empleado como colorante, y aprendió la manera de cultivarlo, llevando semillas a Venecia, donde era desconocido, pero "no nació ninguna por la frialdad del lugar". En este marco, quisiéramos insertar también las perspicaces consideraciones demográficas sobre la abundancia de población en Levante y sobre la pobreza en el mundo occidental, atribuibles respectivamente, a la poligamia y a la monogamia, y sobre las prácticas malthusianas

* Luego llamado palo brasil.



1

2



3

1. Chinsai (Hang-chow-fu), capital de China meridoinal.

2. Recolección de pimienta en la India meridional.

3. Comercio en el golfo de Camboya.


Comment le grant kaan fait despendre pour monnoye
escorce darbres qui semblent chartretes p tout son pays.
Il est voirs que en ceste cite de cambaluc est la seque du grant si
re. et est establie en tel maniere que len puet bien dire que le
grant sire en a laquest parfaitement et selonc raison car
il fait faire une telle mõnoie comme je vous dirai. que il

1

1. El gran Kan hace realizar operaciones con papel moneda de corteza de árbol.

de los habitantes de las fabulosas islas Masculina y Femenina. Se ha reprochado a Marco Polo, que registra con tanto cuidado las relaciones oro-plata y el uso monetario de las conchillas o de los panes de sal, mostrándose un experto en la materia, el no haber sabido comprender el significado y la técnica de la circulación de papel introducida en el imperio mongol. Según él, el Kan era el más perfecto de los alquimistas desde el momento que había encontrado la piedra filosofal transformando en dinero la corteza de los árboles, y que distribuía folletos rectangulares de papel de distinto tamaño, con su sello y firmados por funcionarios; estos trozos de papel tenían el mismo valor ahorrativo del oro y de la plata y sustituían a la moneda metálica en todos los intercambios. El sistema estaba tan perfeccionado que admitía la posibilidad de pedir en las cecas la conversión de los billetes en barras, mientras que para acrecentar periódicamente la reserva se disponían donaciones obligatorias de alhajas, un instrumento financiero que no se desconocía en Venecia, donde, desde fines del siglo XII se recurría habitualmente a préstamos forzosos. El autor del *Libro de las Maravillas* hace una cuestión de peso y de sustancia, es decir, de valor intrínseco, que nos hace pensar que no debe haber tenido mucha confianza en aquel extraño sustituto de los metales monetarios y es además sorprendente que no haya apuntado el empleo de la prensa sin la cual sería inconcebible la existencia de una masa tan grande de papel moneda.

Pero el silencio sobre la prensa se debería agregar el referente al té, a la gran muralla, al *pie de lirio* de los chinos, al uso de cormoranes en la pesca y a tantas otras cosas. En la obra de ciertos comentadores, el inventario de las cosas no dichas se va enriqueciendo continuamente y llega a volverse más nutrido que el de las cosas dichas. George Sarton —que reconoce al *Milione* el mérito de haber inspirado al príncipe Rupert y de haber contribuido indirectamente a la creación de la Compañía de la Bahía de Hudson— compila con mucha diligencia la lista de las omisiones, a las que considera de mayor interés que a las cosas mencionadas. Las explicaciones de las lagunas pueden ser muchas, y cada una se vale de óptimos argumentos, pero no se debe olvidar que en la raíz de las deficiencias —supuestas o reales— de la narración, está la personalidad del autor, que permanece fiel a sí mismo, veneciano y comerciante, en suma, hombre de Occidente, aun después de su larga estadía en Asia. Justamente por eso, si el libro de las maravillas omite algunas que sus comentadores desearían ver apuntadas, si ha dejado en la sombra tantos aspectos de la vida material y sobre todo moral de la China, si cambia irremediablemente los tigres por leones y hace volar a los elefantes en las garras de aves rapaces, ofrece, sin embargo, una visión tan vasta y novelesca de Asia, como ningún otro testimonio o representación fantástica del espíritu medieval hubiera podido construir.

Kubilai Kan

Aun cuando está presente en cada página de la narración, Asia constituye sólo su trasfondo, que permanece como tal cualquiera sea el adjetivo con el que se la quiera magnificar. En el centro, con todo el esplendor de su poderío y de sus virtudes, campea el gran Kan de los tártaros, Kubilai (Kublai en el libro). Marco Polo lo idealiza aun en el aspecto físico, trazando de él un retrato que pone de relieve no sólo las justas proporciones sino también el "rostro blanco y rojo como una rosa", parangón quizás un poco audaz para un mongol que ha pasado de la edad tierna (Olschki ha observado también que en las efigies, demasiado parecidas a las que estaban en boga en la numismática occidental, faltan la barba y los característicos bigotes). Sólo incidentalmente aprendemos que estaba atacado por la gota, la enfermedad de los humores que se acompaña de luxaciones: cuánto camino ha hecho recorrer al monarca tártaro el contacto con la civilización china, quien contaba entre sus ascendientes aquel Kutala que la leyenda hacía adormecer desnudo junto a una fogata de gruesos troncos, insensible a las mordeduras de los tizones ardientes, que él prefería a las picaduras de insectos. La gota obligaba a Kubilai a salir de caza sin moverse del lecho, que se ubicaba en una cámara de madera transportada por cuatro elefantes. Lo acompañaban doce mil alconeros y otros tantos guardianes, además de un séquito de millares de dignatarios de corte, de médicos, de astrólogos, de mujeres de todo tipo, de siervos. Otras veces, cazaba escoltado por veinticinco mil batidores con cincuenta mil mastines y numerosos "leones" amaestrados, leopardos o linces, o bien se detenía a perseguir ciervos o venados, llevándose un leopardo en la grupa del caballo. La admiración de Marco Polo por el gran Kan no conoce límites; un capítulo del *Milione*, que se cuenta entre aquellos que han tenido mayor éxito por el desahogo que podían encontrar en él los deseos reprimidos por un moralismo demasiado riguroso, describe rigurosamente sus torneos de amor, los cuales se unían a los deberes hacia las cuatro esposas legítimas. Estos torneos eran precedidos por una perfecta organización, con un reclutamiento bienal de cuatrocientas o quinientas jóvenes mujeres de la tribu de Ongirat, preferidas por su belleza y por candor de la tez (¿pero, no es éste también un canon occidental?).

Toda la primera parte del libro parece una preparación a las maravillas de la residencia estival y de la invernal de la corte, con los palacios, jardines, fiestas, cacerías, las diez mil yeguas blancas reservadas para la provisión de leche para los descendientes del Gengis Kan. El mal tiempo ha huido de aquellos lugares por obra de encantadores paganos; éstos, con sus artes mágicas, han logrado también levantar de la tierra copas llenas de vino u otra bebida y las han hecho volar sobre la mesa imperial. No hay nada que no contribuya a la majestad, al poderío, al fausto del emperador. La tienda del gran Kan está hecha para albergar a miles de caballeros: doce mil son los hombres de su guardia; seis mil las personas que pueden ser invitadas en el salón de los banquetes y cuarenta mil las que comen cotidianamente en su antecámara a la espera de su nombramiento en cualquier oficio; doce mil los nobles que festejan su cumpleaños y cincuenta mil los elefantes que desfilan en la fiesta blanca del año nuevo; estas grandes cifras que se citan sin pausa, permiten a Marco Polo expresar las excepcionales proporciones del espectáculo. Las masas constituyen un elemento indispensable del mismo y el viajero nos da de ellas una impresión tal que las deja indiferenciadas, sin preocuparse de su composición y de los problemas de aquella bullante humanidad. Su perspectiva está siempre del lado de Kubilai. Canta loas a las virtudes que le valieron la conquista del trono y el gobierno próvido e iluminado. Soberano perfecto —tuvo el título de "sabio"— se informa de la marcha de las cosechas y de la situación de los animales para exonerar del tributo y ayudar a quien le haya tocado un año desafortunado; cuando hay cereales en abundancia, los hace almacenar y luego los mandan al mercado en tiempo de carestía, afrontando el aumento de precios con instrumentos que anticipan los modernos y no con tasas policíacas. Treinta mil pobres de Pekín reciben diariamente de él un plato de sopa y son innumerables las familias arruinadas a las cuales se les da una ayuda en trigo. La concepción del pobre en la caridad cristiana no le permite a Marco Polo advertir que estas dádivas son un aspecto de la miseria crónica que angustiaba a gran parte de la población, relacionada, sin duda, con la crisis de la agricultura china, sino que, por el contrario, le hace cantar loas a la caridad y lo lleva además a subrayar el abandono por parte de los tártaros de las viejas creencias paganas según las cuales el mendigo debía ser ahuyentado como maldito por el cielo.

También los cincuenta mil astrólogos de Pekín (otro cómputo "oriental") son munidos de alimentos y vestidos por la generosidad del gran kan. Pertenecen a diferentes confesiones pero pueden dedicarse a sus horóscopos sin ser molestados, porque en el imperio mongol no existen divisiones entre elegidos y réprobos, sino que cada uno es libre de tener su propia religión y de adorar al dios que más le guste. 'Estos tártaros —se lee en el *Milione*— no se preocupan por averiguar qué dioses son adorados en sus tierras: ya que todos son fieles y obedientes

al gran kan, su señor, le pagan el tributo establecido y si ejercitan bien la justicia, pueden hacer con su alma lo que quieran." Y Kubilai, no obstante sus preferencias por el budismo —que, sin embargo, no le impedía besar públicamente el Evangelio los días de Pascua y presenciar las fiestas de los otros cultos— había declarado que rendía honor y reverencia a Jesucristo como a Mahoma, a Moisés como a Buda, y rogaba al que fuese el mayor y más verdadero en el cielo, que lo ayudase. Esta tolerancia tenía raíces politeístas y no es difícil reconocer su precisa función en el cuadro de la política unificadora llevada a cabo por los herederos de Gengis Kan, pero a Marco Polo no se le escapa totalmente su lección. Aunque él quiera demostrar que el motivo —siquiera ocasional— de su viaje fue de naturaleza religiosa, y si la estadía en Asia dejó casi intacta su estructura occidental, minó ciertamente su sentimiento de católico, según cuya disciplina toda otra fe es un error. En Ceylán, cuando la tumba de Buda le ofrece el pretexto para narrar su honesta y piadosa existencia y sus ochenta y cuatro muertes, concluye un poco ortodoxamente que "si hubiese sido cristiano hubiera sido un gran santo en compañía de Nuestro Señor Jesucristo".

Los astrólogos tenían tradicionalmente una función importantísima en la corte mongol desde los tiempos de Gengis Kan, quien debía al adivino Täb-tängri la base sobrenatural de su poder. Éstos habían dicho a Kubilai que quien hace plantar árboles vive mucho tiempo y por eso el emperador se había sentido alentado a intensificar la obra que había emprendido de sistematización de las calles principales, a cuyos lados hacía plantar frondosos árboles para indicar el camino y confortar a los transeúntes. El kan daba mucha importancia a las relaciones administrativas y económicos entre las distintas partes del imperio: de Pekín partían caminos para todas las provincias, con frecuentes estaciones de posta, donde se encontraban siempre caballos frescos a los que el viajero podía recurrir en caso de urgencia, si tenía que recorrer de doscientas a cincuenta millas en un solo día y excepcionalmente, también más.

Este príncipe, que habría merecido vivir en el Renacimiento, llevó a cabo muchas otras empresas: Marco Polo las enumera complacido y está siempre dispuesto a ofrecer una explicación de todo lo que, de algún modo, pudiese aparecer inadecuado a su grandeza. Así, el fracaso del desembarco en Japón no se atribuye a la escasa aptitud de los caballeros de la estepa para aquel tipo de empresas, sino a una violentísima tempestad que dispersó el cuerpo de la expedición. Y la sublevación que ensangrentó a Pekín, justo en la época en que se encontraban allí los tres venecianos, la atribuyó a las "infinitas injurias y a las nefandas maldades" del ministro Achmed, un sarraceno que reunía los peores pecados de su maldita secta. La culpa, por tanto, de que el emperador hiciera justicia de modo ejemplar, tirando los cadáveres de los infieles a los perros y exterminando su progenie, no era del sistema.

Al analizar las guerras dinásticas que Kubilai llevó a cabo contra sus parientes, el autor de el *Milione*, no duda en determinar quién es el verdadero soberano y quiénes son los rebeldes y está tan convencido de la legitimidad de Kubilai que pone en boca suya un discurso sobre los motivos por los cuales Dios había permitido que sucumbiese el nestoriano Nayan, que llevaba la cruz como bandera: los que se levantan contra su señor —explica el gran kan— es infiel y desleal y por eso la cruz cristiana —siendo una buena cosa— no lo puede ayudar contra la justicia.

También los chinos son "desleales e infieles": los de Catay, superiores a todos por la belleza de sus trajes y la vastedad de su saber, aparecen siempre absortos en sus estudios y en las disciplinas científicas, pero se preocupan sólo de las satisfacciones materiales y de los placeres. A Marco Polo no le agradan mucho; no ha aprendido nada —por lo que se sabe— de su lengua o de su escritura y los mira con la distancia y con la desconfianza de quien forma parte de la clase que los ha dominado.

Sus simpatías se reservan para los mongoles: la descripción de sus austeras instituciones, de la primitiva integridad de sus costumbres, de su valor en el combate, no se diferencia de los esquemas de Tácito en la *Germania*. Se levantan también como instrumento de la justicia divina, cuando celebran las victorias sobre los seguidores de Mahoma, los enemigos más encarnizados del pueblo cristiano. Los primeros lectores de el *Milione*, que no habían olvidado las crueles gestas del ejército mongol en Europa, debieron haber considerado esta leyenda áurea de los tártaros como una "maravilla". Es cierto, sin embargo, que aquellas costumbres primitivas aparecen ya suavizadas o, mejor dicho, degeneradas por el contacto con los chinos. Se había repetido un hecho común: *Graecie capta ferrum victorem cepit*. Abandonadas sus supersticiones, los tártaros debieron haber comenzado a frecuentar en Chinsai los tres mil baños que funcionaban a carbón vegetal, y quizás los habrían hecho también instalar en sus casas, ya sin temor de pecar contra el espíritu del agua. El budismo había contribuido a doblegar la primitiva ferocidad, volviéndolos más humanos pero más débiles, lo cual —como escribe René Grousset— fue una suerte para la vieja civilización china que hubiera sufrido un golpe terrible si la casa de Kubilai se hubiese convertido a la fe musulmana.

Justamente con el protector de Marco Polo, el imperio nómade de las estepas se había convertido en un imperio sedentario que continuaba el de los Hijos del Cielo. La

1. Hombres de cabeza de perro en las islas Andamane, en el golfo de Bengala.

2. Animales salvajes en las costas del Malabar.

3. Dragones fabulosos de Caraian (Ta-li-fu).

4. El gran milagro de la montaña en Bagdad.

5. Monstruos del país de Merkit, en la orilla oriental del Baical.

6. Salamandra (amianto incombustible) de la provincia de Gingintalas en la región de Altai.

7. Animales que comen peces en Clatu, en el golfo de Ormuz.

8. Islas Masculina y Femenina, en la costa meridional de Arabia.


1


2


3


4


5

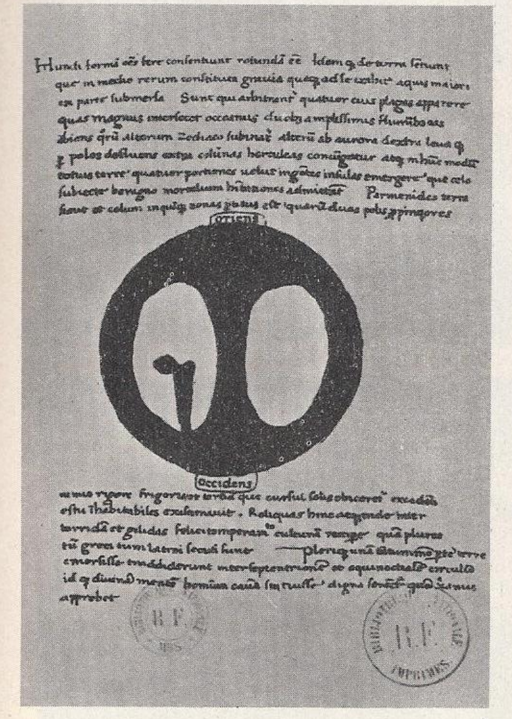

6


7


8

1. *Mundi forman omnes fere consentiunt rotundam esse: mapamundi trazado en un manuscrito de la obra de Marco Polo del siglo* XIV *conservado en la Biblioteca Real de Estocolmo.*

2. *Detalle del fresco de Buonaiuto,* La iglesia militante y triunfante *en el Cappellone degli Spagnolí, en Santa María Novella en Florencia. Marco Polo está representado en el centro con la capa y la capucha.*



1

2

capital ya no era la Karakorum de Roubrouck, con tiendas circulares de fieltros abiertas a mediodía y listas para ser transportadas a cualquier lado en los típicos carros mongoles, sino la Pekín de el *Milione* en la que está prohibido todo espectáculo siniestro, ni pueden sepultarse los muertos. La nueva capital es la meta de los productos raros de la India, de los artículos más preciados de Catay; allí entran no menos de mil carros de seda por día y se fabrica una gran cantidad de paños de seda y de oro para su espléndida corte y para la gran cantidad de gente que llega, atraída por sus maravillas y por las suntuosas fiestas que da el gran señor, amo del mundo desde el Volga al río Amarillo.

Sobre las huellas de Marco Polo

Las noticias biográficas de Marco Polo después del retorno de la prisión de Génova son escasas y no proporcionan argumentos ni a quienes lo consideran un gentilhombre veneciano requerido solamente por los asuntos políticos de la República ni a quienes lo prefieren comerciante, sobre todo "mercader", esquematizando su figura e idealizándola. Un documento de 1311 donde aparece como actor en un juicio por una transacción de poco valor no sirve para conformar ni a los unos ni a los otros.

Después de salir de la cárcel se casó con Donata Badoer, con la que tuve tres hijos. En esta importante decisión fue precedido —según Ramusio— por su padre. En efecto, Nicoló y Matteo, temiendo que su prisión pudiese durar mucho tiempo y que ellos permanecieran con tanta riqueza sin herederos, después de haber intentado en vano rescatarlo, consultaron entre sí y resolvieron que "maese Nicoló, aunque era muy viejo pero de complexión gallarda, debía tomar nuevamente mujer: y así, casándose, tuvo tres hijos en el término de cuatro años . . .". Sin embargo, tanto esta noticia, como otras no menos sugestivas que pertenecen a la biografía construida por el humanista veneciano, carece de fundamento. Nicoló Polo murió hacia 1300 y Matteo —su hermano y compañero en los dos viajes— hizo testamento en 1310, sin dejar de arreglar sus cuentas con el sobrino Marco hasta en lo referente al resarcimiento parcial del daño sufrido en Trebisonda, en el camino de regreso de Persia, y en cuanto a las tablas de oro *que fuerunt magnifici chan Tartarorum.* Marco Polo murió en Venecia el 8 de enero de 1324 dejando a sus hijas Fantina, Bellela y Moretta como herederas de un patrimonio que ha sido calculado en más de sesenta kilogramos de oro. Entre sus bienes muebles —que fueron cuidadosamente inventariados por uno de sus yernos— aparecen tejidos de seda de Catay y otras telas con imágenes tártaras o con extraños animales. El viajero los había guardado cuidadosamente durante casi treinta años, porque estaban ligados a la aventura que le había hecho ver tanto mundo como a ningún otro —ni cristiano, ni sarraceno, ni tártaro, ni pagano— le había sido dado ver jamás.

El retrato de Marco Polo —el que puede obtenerse de los documentos— es el de un hombre de carácter un poco huraño, más bien interesado y propenso a litigar con los parientes. El egoísmo con el que lo vemos conducir sus negocios podría proporcionarnos una explicación del lugar de segundo plano que ocupan en el libro tanto el padre como el tío: y, sin embargo, ellos no sólo compartieron con él las fatigas y los honores del gran viaje oriental, sino que fueron los iniciadores (y es indudable que si la perspectiva de la narración hubiese sido diversa, la gloria se hubiese repartido de otro modo). Sin embargo, a pesar de que los eruditos nos ofrecieran de él una imagen diferente, no podríamos aceptarla como real y concederle gran importancia, sino que en todo caso se trataría de un aporte útil dentro de ciertos límites.

Como escribe justamente Luigi Foscolo Benedetto, el Marco Polo de los biógrafos es absurdo: él está sólo en la *Milione,* con el cual se identifica, si bien la forma impersonal de la exposición puede hacer pensar en lo contrario. Es por eso que ninguna de las tantas interpretaciones puede dejar de tener algo de verdad, cuando más, al reflejo de una renovada lectura del libro, ni tampoco pueden rechazarse completamente las que florecen en la oratoria celebrativa, que han dado vida —según las palabras de Oschki— a un tipo convencional y a un personaje históricamente inasible sobre el trasfondo del Asia novelesca y fabulosa. ¿Cómo podría excluirse la amplificación y la tipificación en una experiencia tan inmensa y anticipadora? ¿Cuántos han escapado al halago de reconocer en la figura de Marco Polo al Ulises dantesco? La semejanza —debemos admitirlo también nosotros, aunque nos inclinemos a ver en él el comerciante viajero, sin superestructuras heroicas y sin el temor de poner de relieve con ello "una antítesis con las virtudes más selectas del espíritu"— es tan fiel que subrayarla se ha vuelto banal. Hoy que el *Libro de las Maravillas* ha perdido tantos méritos como libro de geografía positiva y el gusto por lo fantástico persigue otros sueños, Marco Polo vive sobre todo en estos lineamientos y su figura de "protagonista" adquiere significado y consistencia justamente como un símbolo. Símbolo de quien no se contenta con los propios horizontes, sino que se lanza a conocer los nuevos; de quien no se contenta con lo que está escrito sino que está atento a lo que ve con sus ojos y ávido de ampliar el campo de observación. En la raíz de este símbolo hay un hombre que, sobre itinerarios desconocidos pero con una meta bien precisa, recorrió deliberadamente, sin haber sido obligado por el azar o por una voluntad ajena, una distancia que aun en una época de gran movilidad de las personas como fue el Medioevo, parece increíblemente enorme y que no pueden valorarse con las medidas actuales, aplicables a una escala de distancias del todo diferente.

Entiéndase que el cómputo de kilómetros y las consideraciones sobre lo rudimentario de los medios disponibles no valen tanto por sí mismos sino que sirven para expresar, a través de la realidad material de la empresa, la intensidad del espíritu que lo animó.

Hombre de la Edad Media, fiel a su tiempo en la mentalidad y en las actitudes, Marco Polo no supo esquivar los engaños de lo fabuloso, pero su manera de observar los países y los hombres es positiva y modernamente científica. Donde estaba dispuesto a encontrar monstruos, encontró poblaciones laboriosas y evolucionadas, aunque con hábitos y costumbres propios. Las observó con asombro y aunque no renunció a su ángulo visual de europeo, no decretó la indignidad de sus instituciones porque se diferenciaban de las de su mundo sino que las comprendió con un sentimiento de simpatía. Así, no se le escapó el sentido de la complementaridad de dos mundos —el oriental y el occidental— y advirtió también la necesidad de hacerlo convergir, mas, en este aspecto, se mostró adelantado a su tiempo. Como se deterioran las condiciones de seguridad establecidas por la *pax tartarica* y hasta la época de los descubrimientos geográficos, entre la mitad del siglo XIV y los fines del XV, Asia volverá a ser un continente cerrado a los europeos, para los cuales se perderán las revelaciones de Marco Polo.

Mientras los tres viajeros venecianos estaban todavía en China, la noticia —naturalmente falsa— de que el gran Kubilai se había convertido, despertó en Roma las esperanzas de conquistar su pueblo para la fe cristiana. Los dominicos y los franciscanos se lanzaron sobre los caminos de Asia y también contribuyeron al esfuerzo misionero Giovanni da Montecorvino —primer obispo de Pekín— y Giovanni dei Marignolli, obispo de la capital mongólica desde 1346. Montecorvino fue acompañado en su viaje a China por el comerciante Pietro di Luca Longo, probablemente veneciano, y dos de sus cartas, de 1305 y de 1306, fueron entregadas *per mercatores venetianos qui a Tartaria redierunt.* Veinte años después, Fray Odorico de Pordenone, encontró un nutrido grupo de comerciantes occidentales en Zaitum, el gran puerto frente a Formosa. Eran también venecianos. Muchos otros son nombrados en estos años, sobre los caminos descriptos por Marco Polo; en 1335, Luchetto Duodo estaba en Catay y algunos años más tarde un grupo de ellos partía hacia la India llevando entre otras mercancías, dos maravillas de la técnica europea: un reloj y una fuentecilla mecánica. No faltan tampoco los comerciantes

1. Retrato imaginario de Marco Polo en la primera edición en imprenta del Milione, *Nuremberg, 1477.*



1

genoveses, uno de los cuales —Andalo di Savignone— regresó como embajador del gran kan ante el papa.

A comienzos del siglo XIV, en el cuadro de la penetración misionera en Oriente, una junta superior de la orden de los dominicos decidió hacer traducir el *Milione* al latín. Contemporáneamente, comenzaron a circular traducciones, retraducciones y resúmenes franceses, venecianos, toscanos: uno de estos texos ha sido reconocido por Benedetto: "La versión italiana de un texto latino que ya era la traducción de un texto francés." En 1307, Thiébaud de Cépoy, enviado de Carlos de Valois a Venecia, recibió una copia del libro de manos de Marco Polo y la llevó a Francia, donde se hicieron muchas otras copias (Carlos V, que se convirtió en rey en 1364, poseía cinco). En Venecia, en los primeros años del siglo XV, se había colocado en Rialto, un ejemplar "atado con cadenas", de modo que hasta los más humildes pudiesen consultarlo. El grandísimo número de manuscritos de los que se tiene noticia atestigua el éxito del libro en los siglos XIV y XV; la invención de la prensa, naturalmente, multiplicó su difusión: a la primera edición de Nuremberg de 1477 —ilustrada con un fantasioso retrato del autor— se sumaron la de *Augusta* en 1481 y muchísimos otros. En 1428, cuando el infante don Pedro de Portugal visitó Venecia, el dux le ofreció un ejemplar de el *Milione,* junto con una carta geográfica atribuida al mismo Polo: Ramusio no deja de hacer resaltar el acontecimiento y al papel que habría desempeñado en el descubrimiento de rutas marítimas para la India. Si las navegaciones de Bartolomé Díaz y Vasco de Gama pueden relacionarse de algún modo con la obra de Marco Polo, bien estrecha, como hemos visto, en la ligazón con Colón, quien buscó en las páginas del viajero veneciano, en las descripciones de los fabulosos tesoros del Extremo Oriente, los elementos que pudiesen dar una finalidad práctica a su empresa.

A. J. H. Charington, que ha dedicado un amplio comentario a el *Milione,* ha vaticinado que dentro de algunos siglos, el nombre de Marco Polo se unirá a los de Homero, Herodoto, Confucio y todos los otros grandes benefactores de la humanidad. Con menos énfasis, pero con mayor eficacia, Humboldt lo definió como el más grande viajero terrestre de todos los tiempos.

Bibliografía

El problema de la reconstrucción del texto original de el *Milione* a partir del centenar y medio de manuscritos, complicado por la pérdida del original y de la copia directa, además de las recomposiciones y de las corrupciones, inevitables en una obra que tuvo una propagación tan grande, ha sido resuelto definitivamente por L. F. Benedetto en su monumental edición florentina de 1928. Los lectores italianos deben también a Benedetto una traducción (Milán, 1932) que realmente realiza el deseo de recuperar para el libro la integridad del contenido y su autenticidad artística. A la edición crítica de Florencia, debe agregarse: *Marco Polo, The Description of the World,* a cargo de A. Moule y P. Pelliot, Londres, 1938, con la traducción inglesa de las principales redacciones y la edición del códice de Toledo perteneciente al cardenal de Zelada (la obra se completa con un comentario histórico-geográfico y lingüístico de Pelliot, *Notes on M. P.*, París, 1959). En español: Marco Polo, Viajes, México, Espasa-Calpe Arg. S. A., 1951.

De la inmensa literatura sobre Marco Polo, será suficiente recordar:

W. Marsden, *The travels of M. P. a Venetian,* Londres, 1818, con el que se inició la crítica histórico-geográfica; V. Lazari, *I viaggi di M. P.*, Venecia, 1947; G. Pauthier, *Le livre de M. P. citoyen de Vénise,* París, 1865; H. Yule, *The book of ser M. P. the Venetian,* Londres, 1871, estudio clásico y en gran parte no superado todavía, que en 1903 fue enriquecido por H. Cordier (última edición: Londres y New York, 1921); A. J. H. Charignon, *Le livre de M. P. citoyen de Vénise,* Pekín, 1924-28, que utiliza muchas fuentes chinas pero que es muy discutido; N. M. Penzer, *The Most Noble and Famous Travels of M. P.*, Londres, 1929, importante por la descripción de los itinerarios; L. Olschki, *L'Asia di M. P.*, Florencia, 1957, primer estudio sistemático, realmente óptimo si bien un poco limitado por la preocupación de negar la figura del comerciante. Sobre las exploraciones de Asia: C. Errera: *L'epoca delle grandi scoperte geografiche,* Milán, 1926; G. Dainelli, *La conquista della terra,* Turín, 1950; M. Mollat: *Le Moyen Age,* in "Hist. univers. des explorations", París, 1955; J. P. Roux: *Les explorateurs au Moyen Age,* París, 1961.

Sobre los mongoles: R. Grousset: *L'empire des steppes,* París, 1939, y *L'empire mongol,* París, 1941.

Sobre los comerciantes del medioevo: Y. Renouard: *Les hommes d'affaires italien au Moyen Age,* París, 1949; A. Sapori: *Le Marchand italien au Moyen Age,* París, 1952, y *Studi di storia economica,* Florencia, 1955 (3ª ed.); G. Luzzato: *Il mercante veneziano al tempo di M. P.*, en "En el VII centenario..."; J. Le Goff; *Mercaderes y banqueros de la Edad Media,* Buenos Aires, Eudeba, y *La civilisation du Moyen Age,* París, 1965. En español, José L. Romero: *La revolución burguesa en el mundo feudal,* Bs. As., 1967, Ed. Sudamericana. Sobre Marco Polo comerciante, véase sobre todo F. Borlandi, *Alle origini del libro di M. P.*, en "Studi in onore a A. Fanfani", Milán, 1962.

El fascículo Nº 31 de

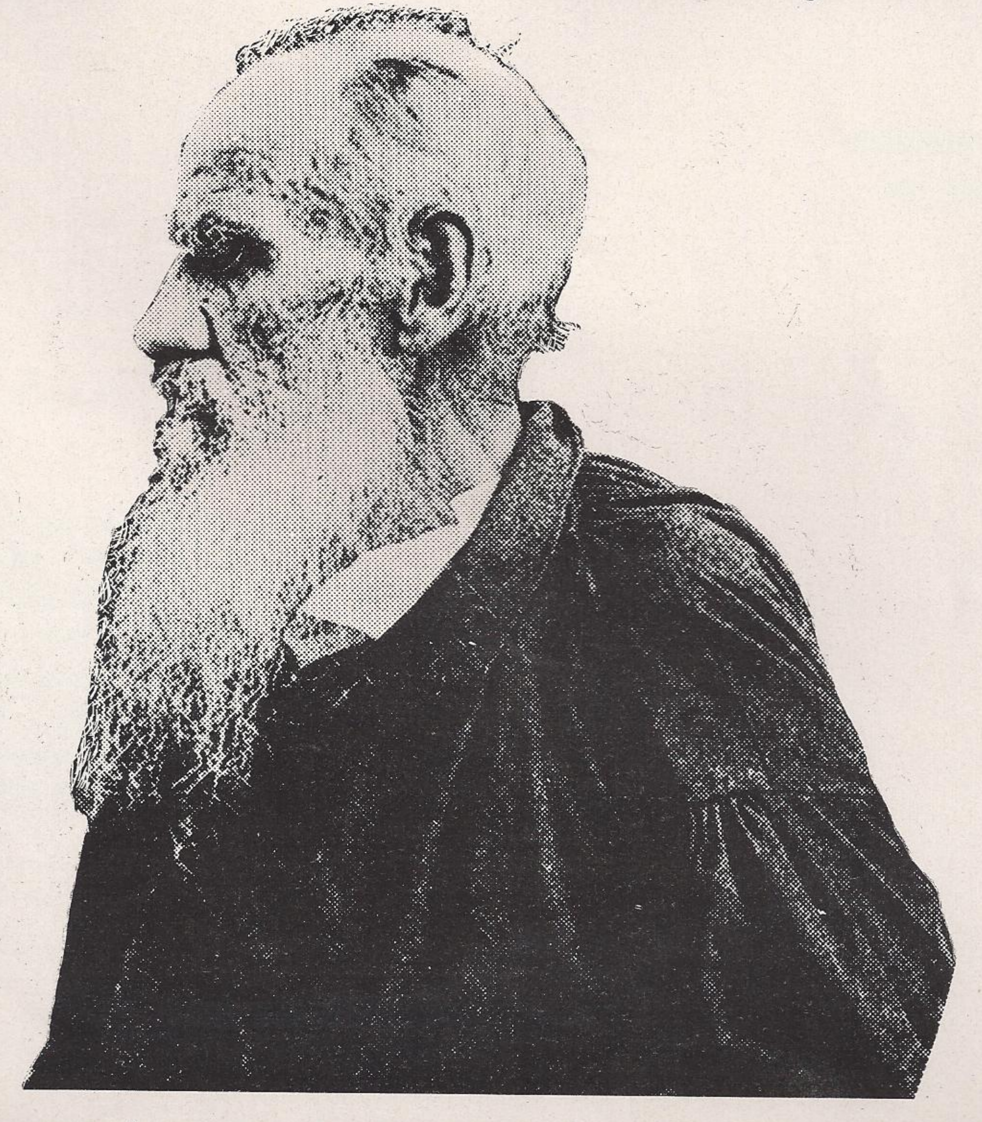
LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal a través de sus protagonistas

contiene la biografía completa e ilustrada de

Tolstoi

Intérprete indiscutido y personaje discutible de su propio tiempo, su personalidad se afirma en el dramático contraste que dio a su experiencia un carácter único e hizo de él la figura más singular de la literatura rusa del siglo XIX.



¡Un momento apasionante de la historia que usted debe conocer!

Precio de venta

Publicación semanal

ARGENTINA: $ 120.-
BOLIVIA:
COLOMBIA: $ 7.-
COSTA RICA:
CUBA:
CHILE:
REP. DOMINICANA:
ECUADOR:
EL SALVADOR:
ESPAÑA:
GUATEMALA:
HONDURAS:
MEXICO:
NICARAGUA:
PANAMA:
PARAGUAY:
PERU:
PUERTO RICO:
URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50